La Ilustración Artística

Año IX — Barcelona 29 de diciembre de 1890 — Núm 470

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Con el presente número repartimos como obsequio á nuestros suscriptores una reproducción en colores de la preciosa acuarela de D. Francisco Pradilla DOÑA JUANA LA LOCA



TOLEDO. - COLEGIO DE INFANTERIA, antes Hospital de Santa Cruz ó de los Niños

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

I

La Nacionalidad Académica francesa nombró individuo de número al presidente del Consejo de ministros. Napoleón I, Napoleón III, Gambetta, muchos dominadores de Francia desearon un modesto sillón en la inmortal Compañía, y no pudieron obtenerlo por haber quizás tenido menos paciencia, siquier más voluntad, que M. de Frecynet. Aquí no podemos imaginarnos una elección académica de Francia, pues no sentimos los estímulos allí reinantes, ni pasamos por las pruebas allí en uso. Ya sea porque los literatos no dan en España subido precio á tamaño lauro, ya porque los nombramientos no alcanzan entre nosotros la significación alcanzada entre los políticos allí, las candidaturas á su presentación y los candidatos á su triunfo no conmueven los ánimos y despiertan las pasiones en Madrid como acontece de continuo en París. Cuando Víctor Hugo pidió tras la victoria de su revolución romántica el óleo de las consagraciones académicas al Olimpo de los viejos clásicos, estremeciéronse aquellas divinidades como pudieran estremecerse los antiguos reyes al ver los desacatos del pueblo en las irrupciones sufridas por sus palacios. Y en menor escala el fenómeno hase repetido por cien ocasiones análogas. Las respuestas á Ollivier y la lectura del discurso escrito por éste para su recepción enardecieron los espíritus como cualquier grave asunto social de primer orden. Zola se presentaba con resolución para que los románticos ungiesen la escuela realista, cual Hugo antes para que ungiesen la escuela romántica los clásicos. Y no ha podido contar los logros de su gloriosísimo antecesor. El ilustre cuerpo literario acaba de preferir el método positivo en la política y en el gobierno al método realista en las poesías y en las letras. Así Frecynet ha triunfado por completo de Zola. Para penetrarse de cuál importancia dan los franceses á estos actos académicos, bastará con decir que muchos toman la designación de un presidente del Consejo como testimonio de adhesiones á la forma política de Francia tan trascendentales cual las declaradas desde sus respectivas sedes por el obispo de Saboya y el arzobispo de Argel. Así el hemiciclo, coronado por aquella rotonda, que parece una tinaja cuando se la compara con las torres de Nuestra Señora y con los botareles de la Santa Capilla y con la linterna del Panteón; esa rotonda, parangonada por Heine con el pelucón de Luis XIV, no sólo empolla discordias literarias explicables, empolla inexplicables guerras políticas.

II

Llegan las aficiones al Cenáculo de los cuarenta inmortales hasta un extremo que no tiene hoy en parte alguna su igual. Preguntadles á los italianos por los nombres de aquellos que componen su Academia literaria de Toscana; preguntadles á los portugueses por los nombres de aquellos que componen su Academia científica en Lisboa; preguntadles á los helvecios por los nombres de aquellos que componen tantos cuerpos ilustres como pululan por sus sabias ciudades, y nadie sabrá daros cuenta y razón de tales sumandos. En París no hay muchacha de aquellas dadas á distraer sus ocios de mostrador y sus intermedios de apuntes con la continua lectura de libros, que ignore los nombres capitales de su Academia nacional y los títulos de las más gloriosas obras académicas. Así anda entre los parisienses un juego que supone profundo conocimiento de factores y usos y liturgias tales, á pesar de su altísimo carácter literario. Los apellidos célebres en la corporación, el número de los antiguos sillones ocupados por cada cual, el recuerdo de victorias en sus vidas ó de capítulos en sus obras, dan ocasión á juegos, en que hay prendas, acertijos, figuras, cascabelerías, embolismos, como en los mayores y más gozosos recreos de tal especie. Y no se crea que por tanto culto la Compañía entre nuestros vecinos logra eximirse de las flechas que lanzan á nuestras Academias, y sobre todo á la española, tanto y tanto escritor gracioso como se huelga denostándolas. Predominante de suyo en aquella corporación, como en la nuestra, un partido, éste abre con suma dificultad á los ajenos la puerta y de par en par con suma facilidad á los suyos Baste decir que ni Balzac, ni Dumas, ni Michelet, ni Quinet fueron académicos en Francia, mientras lo ha sido un obscuro Siraudin, que las gentes tomaban por un célebre confitero sito en la calle de la Paz. Víctor Hugo me contaba cómo sus compañeros comenzaron el nuevo Diccionario de la lengua francesa en treinta y seis á lo sumo, contribuyendo él mismo á definir en persona su comienzo, la sacra letra inicial, el *A*. Y entrando poco después en los debates de las cámaras, en los torbellinos de la revolución, en los lustros del destierro, en la guerra franco-prusiana, en el sitio de París, en las Asambleas de la tercera República; habiendo, tras medio siglo, vuelto á la Compañía, para hacerse presente, autorizándose así á votar por Julio Simón, les preguntó dónde se hallaban de Diccionarios, y le dijeron los cofrades hallarse ya en *Ac*; por manera que habrá de acabarse el Diccionario nuevo francés después que se haya concluído el idioma, y habrá importado su coste más, pero mucho más, que las indemnizaciones pagadas por el rescate de la nación á Prusia. *Et nunc erudimini.*

III

Pero dejémonos de tales músicas y vamos á otras más verdaderas. Todo el mundo sabe que así como hay un lugar bávaro donde se representa la Pasión del Señor á modo y manera de los Autos Sacramentales en otros siglos, hay un lugar bávaro donde se representan las óperas de Wagner. Y al frente de este segundo teatro, no sé bien si la casa real de Baviera, ó el Estado y el gobierno mismos, ó la empresa industrial de tamaño espectáculo, han puesto un francés muy amante de sus letras y de sus artes patrias. Para que los alemanes, aun aquellos dóciles y pacíficos del Mediodía, pongan un ciudadano de allende el Rhin á la cabeza de cualquier orquesta ú ópera propias como director artístico, necesita sobresalir por muchas y muy extraordinarias cualidades. Pues á este francés hásele ocurrido alternar las composiciones líricas de Wagner con las composiciones líricas de Berlioz. En el corriente siglo, á quien podríamos llamar de la uniformidad, y en pueblo tan disciplinado como Francia, parece imposible haya surgido bajo la unidad aquella casi absorbente y sobre un fondo común rayano con la vulgaridad genio tan extraordinario y singular como Berlioz, parecido por sus originalidades muy excéntricas á los más obscuros compositores germánicos. Quien dice música parece decir melodía y armonía. Pues Berlioz da muchas veces por música lo estridente y lo discorde, sumado á lo acorde y aun á lo sublime, porque la variedad y la contradicción resultan sus dos características. Dotado por el cielo de facultades geniales, propias para el arte, á que lo había destinado en sus designios, entra Berlioz en el número de los que sienten vocaciones incontrastables y las obedecen, sujetos al destino imperioso. Pero su padre, un abogado, quería para su hijo la felicidad fácil, cualquier oficio vulgar, la carrera de médico-cirujano, y no la difícil gloria de compositor. Cuando nacen las almas con una inteligencia muy penetrada de ideal, nacen á la vez con una voluntad resuelta de suyo á realizarlo y á cumplirlo. Enamorado Berlioz de la música, no podía rendirse á ciencia tan dispar con su arte bella como la medicina. El padre implacable lo condenó, abandonándolo, á una horrible miseria. Luego la que había de ser su compañera única, por cuyas gracias contrajera una pasión casi demente, según lo exaltada y frenética, le hizo padecer con sus desdenes continuos á las primeras declaraciones suyas en tal modo, que decidió suicidarse y pasó días errando por los bosques cual una fiera, bajo todas las inclemencias del aire y del sol, sin comer, sin dormir, hasta caerse al peso de sus dolores morales y á la debilidad contraída por su ayuno material como exánime; estado de alma y cuerpo en que perdiera la vida ciertamente, de no haberlo tropezado algunas personas caritativas y devuéltole por humanidad con sus próvidos cuidados á la salud completa y al ejercicio de sus grandes facultades. Tal episodio de su historia se parece mucho á otro célebre de la vida extraña de Bethoven, quien perdió el oído en su terrible conato de suicidio, y no recobrándolo, compuso muchísimo; mas diríais fantasmas extraños los sonidos que desde aquel entonces aglomerara en sus verdaderamente sublimes sinfonías. A Berlioz dábale por lo histórico y por lo épico. Así, buscaba en los humanos anales motivos y argumentos enlazados con las obras de genios épicos ó dramáticos, tales como Dante, Shakespeare, Goethe, Homero, Virgilio.

IV

A estos dos últimos acudió Berlioz para componer el drama épico puesto ahora en escena por el director artístico del teatro de Wagner. ¿Quién puede olvidar el Caballo de Troya, épica tradición, escuchada por nuestros tiernos oídos en la primera enseñanza y repetida como un refrán cualquiera siempre que deseamos calificar la traición y el dolo? Habíanse cansado los griegos de asediar inútilmente la ciudad asiática, y apelaron á la industria de meterse dentro de un gran caballo de madera ofrecido como un exvoto á la Minerva troyana y sorprender así á los asediados en inútil sitio por diez consecutivos años. El incendio de Troya por este dolo de los helenos puso en música Berlioz. Recordadlo. Acababan los troyanos de celebrar una procesión en honra del simulacro cedido por los griegos. ¡Noche terrible la que sucedió á tal procesión! Esclarecidos por mustia luna los griegos arribaron á las costas de Troya desde las costas de Tenedos. Uno de entre ellos, Sidón, abrió la puerta simulada que tenía el caballo en su vientre, dejando paso á los allí asilados, que bien pronto mataron la guarnición y cogieron la fortaleza. Corrían en la infeliz Troya los momentos primeros del sueño. Al natural sopor prestado por este diario reposo juntábanse aquella noche los pesados sopores traídos por los excesos de la bebida escanciada en la fiesta sacratísima y en la procesión religiosa. Y de aquel doble descanso profundísimo aprovecháronse los sitiadores, tan dolosamente puestos dentro de la ciudad, para incendiarla. Este trágico episodio ha trasladado á la música el compositor. En efecto, el saco, el incendio, la matanza, el exterminio comienzan; caen las paredes y ruedan las piedras entre grandes erupciones de brasas y nubes de humo rojizo y llamas voraces que diríais trombas de relámpagos y centellas, como si bandadas múltiples de nubes eléctricas fulminantes hubiéranse lanzado por los aires y terremotos estremecedores sacudido los suelos de aquel espacio desgarrado; tórnase la horrible atmósfera irrespirable á la densidad pesadísima de tantos vapores como la encienden y abrasan; el cielo se oculta, pues tan sólo esplende alguna que otra estrella como tras fúnebre paño; ora se oye un lloro de muchacho y ora un grito de mujer; el resuello de las vírgenes violadas sobre los honradísimos tálamos de sus padres mézclase al estertor de los moribundos recién caídos al pie de sus altares; por un lado singularísimos combates en que mueren todos los contendientes, y por otro lado desesperadas defensas que matan para devolver odios con odios y aumentan así los universales horrores; aquí asaltos animados por la cólera y allí suicidios determinados por el terror; pues creeríase que las tempestades con sus lluvias de fuego, las tormentas con sus oleajes encrespadísimos, la peste con sus asoladores alientos, el temblor de tierra con sus bostezos asesinos, cuantas fuerzas destructoras hay en el universo, habíanse reunido allí para destrozar á Ilion, la cual, en breves horas, tornóse una hoguera infinita, cercana de suyo á trocarse muy pronto en montón de cenizas, entre cuyos átomos perecieran hasta las sacrosantas ruinas. Tal fué la última noche de Troya en las tradiciones homéricas y virgilianas. Ahora bien; yo digo que un argumento así no puede prestarse á un arte de armonía como la música. Demasiados fragores en él retumban para que resulte melódico. Rossini decía que sólo cantaban en este mundo la religión, la libertad y el amor. Cuando le llevaron á componer el Macbeth, la tragedia del viejo rey asesinado por un magnate impacientísimo de sustituirle, arrastrado á tal crimen

AFICIONES ARTÍSTICAS, cuadro de César Tiratelli

por su odiosa mujer, dijo Rossini el siguiente clarísimo juicio acerca de tal extraño sujeto: no lo compondré yo; muchas ambiciones, mucha política, ningún amor; esto no canta. Poner Atila en dulces notas lo tengo por insensatez, añadía; el azote de Dios vino al mundo para destrozar los oídos y no para encantarlos. Práctica y simple filosofía ésta, que no deben olvidar los oyentes de Berlioz.

V

Afortunadamente hay otro episodio en el drama lírico de Berlioz. Bajo el nombre de los troyanos abraza la fuga de éstos del hogar incendiado y su arribo á las costas cartaginesas. Así como decimos lo uno, decimos lo otro, con igual convicción: el odio de los helenos á los frigios, que truena y estalla en la última noche de Troya, pugna con los naturales argumentos músicos; pero las quejas á Eneas de la triste abandonada Dido presenta muchos y muy aprovechables motivos á una brillante ópera. Todo pertenece al lado triste de la humanidad; pero lo triste del amor siempre resultará mucho más melodioso, por elegíaco y plañidero, que lo triste del combate y de la guerra, por fragoroso y tronituante. Eneas deja su Dido, y Dido se decide por el suicidio. Todo estaba, pues, apercibido á esta inmolación de la reina triste. Alzábanse ya los funerarios altares. La sacerdotisa del culto infernal, esparcido el cabello, desnudos los pies, invocaba con voz tonante los genios del abismo; rociaba los cuatro puntos del aire con aguas lustrales; cogía en la encina el muérdago verdinegro con hoz de oro al rayo pálido de la luna, y presentaba los panes sacros necesarios para los tránsitos á otra vida y á otros mundos lejanos. Observados todos estos rituales, apareció Dido, el traje y el cabello desceñidos, los brazos y los pies desnudos, atestiguando en su recogimiento y en su dolor toda la enormidad terrible de aquel supremo trance. Eran las altas horas de la noche. Profundo sueño pesaba sobre todos los seres animados, acallándolos y petrificándolos como pudiera la misma muerte. Dido, sin embargo, velaba y requería un cualquier asidero á su amortiguada vida. Mas ¿qué hacer? De no morir, ó tocábale presenciar solitaria los lugares testigos de su felicidad, ó tocábale mendigar un himeneo indigno de su estirpe á los reyes númidas que tanto despreciara, ó tocábale acompañar á los troyanos y ser ella, reina, en el cortejo de su mismo Eneas, una mísera esclava. Así no veía en torno suyo asilo ninguno que le asegurase un calmante á su dolor como el asilo de la eternidad. Mientras Dido se retorcía de tal suerte al pie de su pira, soñaba Eneas, en pesadillas terribles, acostado sobre la popa de su nave capitana, con siniestros ensueños. Y todas sus visiones interiores y todas las voces discordes oídas por sus remordimientos le impelían y le aguijoneaban á dejar aquel sitio y requerir Italia. En su natural perplejo vacilaba mil veces, y hasta se volvía de nuevo á mirar con ojos compasivos la traicionada reina y la herida ciudad. Mas como quiera que se le presentara en persona Mercurio á darle nuevas órdenes é imponerle una pronta partida, fuera de sí, disponía imperiosamente á los nautas que desempeñaran todas sus maniobras, yendo al remo el remero y al timón el piloto. Así la espada suya corta las amarras que unían las naves al puerto, y su voz manda todas las evoluciones indispensables al movimiento é impulso de los barcos. Aún la blanca luna se veía en el cielo y rayaba el crepúsculo matutino con las rientes alboradas meridionales, cuando, en su día último, al contemplar la reina desde torreón altísimo el Mediterráneo, á lo lejos columbra las velas que arrastran consigo las naves troyanas por los bordes últimos de los celestes horizontes. El dolor en ella toma tal intensidad, que se golpea el seno y se mesa los cabellos. Cuando ya nada tiene remedio, cuando solamente le resta su desesperación, irrítase contra sí misma por no haber puesto las armas en manos de sus tirios y no haber concluído al troyano. Habíale dado el sacratísimo lecho de su predilecto Siqueo, el cetro de su ciudad Cartago, con la mitad del alma la mitad del reino, y aquel infame cometía horrible traición, que debió impedir ella, incendiando sus naves, rompiendo sus armas, desgarrando su cuerpo en compañía de las furias vengadoras y de las divinidades infernales, acudidas á sus apremiantes evocaciones para secundarla en sus desquites y venganzas. Ya lejos él, henchida su lona de viento favorable, gallardo su barco sobre las aguas rientes, lánzale inútiles maldiciones y quiérele malogrado en su juventud y hundido en los abismos. De aquí, de tal maldición, brota en este momento supremo todo lo que hará Cartago contra Roma. Los juramentos terribles de Amílcar, los nefastos incendios de Sagunto, la batalla de Trasimeno, el sitio puesto por Aníbal á la Ciudad Eterna, tantos desastres, tantos horrores, tantos hechos cruentísimos, únense á esta maldición suprema. Pero en su desesperación ya no puede retener por más tiempo la vida. Cegada por un último asomo de cólera, sobrecogida de un transporte nervioso que le quita el sentimiento y el sentido, siniestra y errante la mirada, lívido el rostro, fría ya con el helor de la muerte, sube á lo alto de su palacio, descuelga la espada, signo de su natural soberanía, se detiene á contemplar algunos minutos los regalos traídos por Eneas, las joyas propias, el tálamo nupcial, y ya consumado todo en derredor suyo y consumidas las pavesas últimas de su esperanza, prende fuego á la pira, se parte casi al mismo tiempo el corazón sin otro pensamiento que mostrar á Eneas con lo triste y horrible de aquel sacrificio lo intenso de su amor. Todo esto ya es música; porque canta en todo esto la pasión de las pasiones, el sacro y fecundo amor.

VI

El movimiento intelectual más considerado y seguido por el interés público siempre será el arte dramático en los pueblos meridionales. Poco aficiona-

dos éstos al ejercicio de la lectura, que pide un recogimiento en sí mismos de los lectores y un trato de los libros, quizás incompatibles con los climas y las costumbres del Mediodía, necesitan recoger las ideas en las emociones, y no las encuentran por esfera ninguna de la vida tan copiosas como por el teatro. Leer mucho repugna con repugnancia invencible á sus pasiones; pero en cambio se mueren por oir. De aquí su devoción al drama y á la música y á la elocuencia. Solamente se cosechan dineros y aplausos en el teatro. Solamente hay gloria para los oradores en otro ramo de la grande actividad humana y público para los discursos. De aquí el que todo prosista quiera orar, y dramatizar todo poeta. Mas el teatro y la oratoria exigen cualidades externas, las cuales no están sólo en la inteligencia. Un poeta, incapaz de mover en la vida real personajes semirreales y de urdir enredos interesantes, podrá tener el genio de Píndaro y Horacio y Virgilio; no valdrá en la poesía dramática, fundada sobre condiciones de muy difícil consecución y allegamiento. Y no digo del orador nada, porque puede la mejor arenga perderse por falta de un respiro y de un diente. Sin embargo lo dicho, todo el mundo aspira hoy á la elocuencia hablada y á la poesía dramática. Inútil, pues, maravillarnos si novelistas de mérito como Urrecha ponen sobre las tablas una de sus novelas. Por tal tendrá la crítica, por novela, el conjunto de animadísimos diálogos representado como drama so el título de *Genoveva*. Pero ¿no comprende un escritor tan competente como Urrecha en las letras contemporáneas cómo sólo es acción el teatro siempre? Y ahora que hablamos de teatro, ¡con qué facilidad se cuaja una leyenda en torno de una persona! Veinticuatro meses atrás nadie conocía el nombre de Mascagni, ahora músico ilustre por haber compuesto la opereta conocida con el título de *Cavalleria Rusticana*. Hijo de un panadero, pensionado en Milán por caritativo magnate, nómada director de una compañía de la legua, marido de preciosa cantatriz hallada en las incidencias románticas de su oficio errante, director de orquesta en los partenópeos campos, una hombrada del célebre Zonzogno, rico certamen abierto para premiar la mejor opereta, lo sacó de su modesobscuridad á los veintisiete años y lo puso entre las mayores y más renombradas reputaciones artísticas. Mientras no gustaron á la primer audición el *Barbero* y la *Norma*, portentos inmortales en que hoy proclamamos divinos á sus creadores, la opereta de Mascagni triunfó antes de nacer, al revés de Inés de Castro, la cual reinó después de morir. Sin que se descorriera el telón, se inmortalizó el autor. La siciliana cantada entre bastidores, overtura ó sinfonía instrumental y vocal á un tiempo, bastó ella sola para que prendiera el entusiasmo en todos los oyentes y se mantuviese muy exaltado hasta el final de la obra. Nuestro gran teatro, al cual he vuelto tras dos años de lutos y duelos, pone juntamente con la *Cenerentola* de Rossini, un dios del arte, la obrilla de su modesto y afortunado sucesor. Aunque haya la música de Rossini envejecido mucho, por librada siempre á las gargantas que van faltando, sustituídas por trompas ó trompones, y en las gargantas á su agilidad cada vez más escasa, tendrá, mientras haya en los humanos orejas y en las orejas oídos, el encanto que producen, segun ley natural, consonancias ideadas y sentidas y compuestas por una especie de dios. El arte no se aprende, se adivina. La genialidad natural, jamás allegada sino en la parte muy técnica ó de factura, escasea mucho, y por escasa tiene tanto mérito. En la grande abundancia de óperas no está el mérito de ninguna manera: la inspirada *Lucrezia* del inmortal Donizzetti vale por la mitad casi de sus bellísimas producciones. A quien recorra Italia, de seguro le asombrará esta copia de notas, que pasan como chispas en los horizontes del tiempo y caen apagadas en los abismos del olvido. ¿Pasará igual con *Cavalleria Rusticana*? Si el autor progresa, no; si retrocede, sí. Hay en ella momentos varios de suma inspiración personal entrelazados con recuerdos conocidos de varias obras líricas. La influencia germánica se conoce á cada paso en el predominio de la orquesta sobre la voz, en los fragorosísimos coros, en el empeño de acercar un arte, de la naturaleza tan apartado como el drama lírico, á la naturaleza, destituyendo las arias de alegros y acercando el dúo al diálogo. Pero con estas imposiciones del gusto se mezclan aires italianos y españoles de infinita dulzura. Tal es mi opinión, porque una crítica larga y concienzuda estáme vedada por la índole de mis trabajos y por la extensión de este mi escrito, sin contar con que todos cuantos aspiren al cargo de jueces en asuntos literarios y científicos y artísticos, deben tentarse la ropa, desde que un autor, como el de *Las Parisienses*, pide á Sarcey daños y perjuicios, responsabilidad civil efectiva, no sabemos si también responsabilidad criminal, por haber criticado su obra é inferídole un perjuicio moral en su crédito denostando sus cualidades, y material en su bolsillo disuadiendo de las asistencias á los espectadores. El pleito hace reir á toda Europa; mas le interesa por su extravagancia. Y doy punto final ahora para continuar en el próximo año.

Emilio Castelar

EL DIENTE DEL CABALLO

...*Del caballo regalado*, quiero decir; de ese caballo al que, según el refrán, *no hay que mirarle el diente*, y al que yo, dicho sea sin ofender á nadie, miraría el diente y la dentadura entera con más cuidado que al adquirirlo en virtud de contrato de compraventa.

Dicen por ahí, ó por aquí, ó por donde sea, que los refranes constituyen la sabiduría del pueblo, y dicen también, hace ya muchos siglos, que *Voz del pueblo voz del cielo, ó de Dios* (*Vox populi, vox Dei*); pero esto no ha de tomarse al pie de la letra, porque ni la voz del pueblo deja de proclamar en ocasiones solemnísimos disparates que sería irreverente atribuir al Hacedor Supremo, ni faltan refranes contradictorios é incompatibles entre sí, que dan triste idea de la sabiduría popular y prestarían autoridad muy escasa á los consejos celestiales, puesto que del cielo procediesen.

Díganme ustedes si se compadecen, por ejemplo, los consejos que envuelven los dos refranes siguientes: *Vale más grande esperanza, que ruin posesión*; *Más vale pájaro en mano, que buitre volando*; no voy á inferir á mis discretísimos lectores la ofensa de explicarles la evidente imposibilidad de seguir á un tiempo mismo ambos consejos. ¿Pues qué me dicen ustedes de estos dos refrancitos: *No por mucho madrugar amanece más temprano*; *Al que madruga Dios le ayuda*? ¿No significan advertencias ó amonestaciones contradictorias entre sí? Y no digamos nada de estos otros: *No con quien naces, sino con quien paces*, y *En mal y en bien á los tuyos te ten*;... y no prosigo la enumeración de los refranes antitéticos, por ejemplo, aquel de *Quien no se arriesga no pasa la mar*, y el otro de *Quien busca el peligro, en él perece*, porque sería el cuento de nunca acabar.

Resulta de todo lo dicho que la autoridad de los refranes es muy discutible y su exactitud muy problemática, cosas ambas que en un país tan católico, tan apostólico y tan romano como el nuestro no podrían afirmarse, sin dejar bien sentado, ó bien asentado (que de los dos modos lo sé decir) lo meramente humano, y por consiguiente falible, de su procedencia.

Necesitaba yo hacer estas aclaraciones preliminares para decir paladinamente que el refrán *A caballo regalado no le mires el diente*, me ha parecido siempre una insigne majadería. Creo que, por el contrario, sería más cuerdo aconsejar: *A caballo regalado mírale bien el diente*, porque de las condiciones del regalo puede deducir el favorecido la estimación que al favorecedor merece. Entiéndase bien que al hablar de las condiciones del regalo no me refiero á su mayor ó menor riqueza; un regalo magnífico puede revelar desdén profundo, y un humilde obsequio traduce acaso entrañable cariño... Nada hay más elocuente que un regalo para quien con detenimiento, con cuidado, lo analiza; nada más interesante que el *diente del caballo* regalado, cuando con atención se le mira.

Penetren ustedes, si les es posible, en el saloncillo de un teatro en noche de beneficio de un actor famoso;... lo verán ustedes convertido en *bazar:* aquí, una pareja de soberbios jarrones de porcelana; allí, bastones preciosos; lindos cuadros á un lado; costosas boquillas de espuma de mar y de ámbar á otro;... juguetes de gran precio, esculturas de mucho valor artístico, muebles suntuosos, cajas de tabacos de las más acreditadas marcas de la Vuelta de Abajo:... el conjunto es deslumbrador, la impresión primera casi desvanece; después, cuando, poco á poco, la vista se habitúa á la contemplación de aquel confuso caos de objetos heterogéneos; cuando desde la admiración de lo colectivo descendemos al examen de lo individual y leemos los nombres estampados en sendas tarjetas que penden de los distintos regalos, es cuando vamos estableciendo comparaciones entre obsequio y obsequio, entre fineza y fineza, entre *diente y diente*.

Esas dos cajas de magníficos *Césares* de Upmann que se muestran aparatosamente abiertas para que los entendidos y aficionados admiren la extraordinaria vitela de tan exquisitos tabacos, representan un gasto de muy cerca de cuarenta pesos; ese tarjetero que modesta y humildemente se esconde, como ruborizado, entre dos obras de encuadernación lujosísima, habrá podido costar nueve pesetas... Allí están muy inmediatos el uno al otro ambos obsequios; el uno, atrayendo miradas de asombro y envidia; el otro, excitando sonrisas de compasión:... el encargado de desenfardar los obsequios y de colocarlos artísticamente ha recibido éste y ha recibido aquél y todo lo ha aceptado y por todo ha dado las gracias,... porque profesa la opinión de que á *caballo regalado no se le mira el diente*; pero el observador, el que averigua que las cajas de Césares son obsequio de un Excmo. Sr. Ministro, y que el tarjetero es la memoria de una infeliz racionista del mismo teatro, establece entre el uno y el otro grandes diferencias.

El Ministro, desagradablemente sorprendido con la noticia de que en aquella noche se verifica la función á beneficio de un artista á quien él honra y distingue con su amistad, ha llamado á un ordenanza del Ministerio y le ha encargado, después de darle una tarjeta, que vaya al despacho central de la *Tabacalera*; que compre dos cajas de Césares y que, con ellas y con la tarjeta, vaya al teatro y deje la una y las otras... y no ha vuelto á pensar ni en el cómico, ni en el beneficio, ni en los Césares. La racionista que ha regalado el tarjetero con iniciales que ella misma ha bordado primorosamente, está pensando en el *beneficio* desde los primeros días de la temporada; ha llevado al Monte de Piedad unos pendientes suyos y el anillo de boda de su madre para destinar las doce pesetas que le dieron de empeño á la adquisición de hilo de oro con que bordar las iniciales del beneficiado; ha visitado, en muchos días arreo, todos los bazares de baratijas para hallar una de buen gusto y de poco precio; y mientras buscaba el objeto á propósito y después mientras trabajaba en el bordado y luego cuando llevaba su humilde presente al laureado artista, ha pensado constantemente en él, en su protector, en su maestro y en el escaso resultado que, á la vista de todos los concurrentes al saloncillo, daría el inmenso sacrificio de la sincera y humilde admiradora.

Cuando en esas noches de funciones brillantes visito los saloncillos de los teatros, nunca me detengo á contemplar los obsequios de mucho valor, obsequios que nada dicen al alma. Casi todos los he visto ó he podido verlos pocas horas antes en casa de Olave, de Peregil ó de Bach; las ediciones de lujo las tengo examinadas desde muchos días antes en casa de Fe ó de San Martín;... los objetos pobres, los que representan un desembolso de ocho pesetas, esos son los que miro, esos son los que me hacen pensar y sentir... ¡Qué curioso y qué entretenido sería, en noches como esas, retroceder hasta la averiguación de la historia de cada regalo!

No lo duden ustedes: en eso como en todo hay muy saludable y muy copiosa enseñanza.

No ha muchos días se verificó en Madrid la función inaugural de uno de los más concurridos teatros. La empresa, como en casos tales acontece, regaló algunos billetes, muchos billetes, á sus amigos y favorecedores. Era aquello, lo parecía al menos, antes que comienzo de los trabajos de una empresa industrial, verdadera solemnidad artística. Pues bien: los autores de *la casa*, los abastecedores del pasto intelectual de aquel público habían sido obsequiados con butacas de las últimas filas; no los enviaron al vestíbulo porque en este sitio no hay asientos; pero es muy probable que para la temporada próxima venidera se prevea el caso, y los poetas, literatos, autores y demás gente ordinaria tengan su lugar fuera del salón. Emilio Arrieta, el maestro insigne, el autor de *Ildegonda* y de *El Dominó azul*, compartía con una columnilla de hierro la mitad de *cierta* butaca; y mientras el director de la Escuela Nacional de Música y Declamación, inclinando su venerable cabeza, ya hacia uno, ya hacia otro lado, procuraba sortear las dificultades que su inflexible compañera le ofrecía para ver lo que pasaba en escena, ocupaban los mejores asientos de la platea caballeritos que no saben de arte una palabra ó señoras de esas que no faltan nunca donde hay de esos caballeritos. Que la empresa al hacer la distribución de sus regalos estuvo en su derecho, no lo niego; pero no me nieguen ustedes que, en aquella ocasión, pudieron y debieron los menos favorecidos *mirar el diente* al caballo que les regalaban.

A. Sánchez Pérez

SECCIÓN AMERICANA

EL EXTERMINIO DE LOS BISONTES EN AMÉRICA

El bisonte, el más corpulento de los bóvidos, es común á Europa y á la América del Norte. En el continente europeo estaba muy extendido en los tiempos cuaternarios, en la edad de piedra: hoy sólo existe en el bosque pantanoso de Bijalowicsa, en Po-



Fig. 1. Matanza de bisontes por los indios. (Copia de un cuadro de Jorge Catlin, existente en el Museo Nacional de los Estados Unidos.)

lonia, y en algunos rincones del Cáucaso, y á buen seguro que sin la poderosa protección de los emperadores de Rusia habría desaparecido totalmente.

En América, á raíz del descubrimiento, recorría el continente septentrional y abundaba allí más que cualquier otro cuadrúpedo en punto alguno de la tierra. Actualmente apenas queda un millar de bisontes, los más de ellos cautivos en parques públicos ó particulares.

El director del Parque zoológico nacional de los Estados Unidos Mr. Guillermo T. Hornaday acaba de publicar en el *Annual Report of the Smithsonian Institution* una relación de todos los hechos concernientes á ese exterminio de uno de los más grandes y más hermosos animales del mundo. Es una narración interesante que vamos á resumir.

Los europeos vieron por vez primera el bisonte americano cuando la invasión de México por Cortés. Motezuma había organizado en su capital para instrucción de sus súbditos una colección zoológica que contaba, entre otros animales salvajes, un toro procedente del Norte y raro en extremo, según dice el historiador Solís, cuya descripción entusiasta no era sino el eco de narraciones hoy desaparecidas.

Nueve años después, ó sea en 1530, otro explorador español, Alvar Núñez Cabeza, que había naufragado cerca del delta del Mississipí, fué el primero que encontró bisontes libres.

Posteriormente todos los exploradores toparon con ellos en las excursiones que verificaban por todos lados en el interior de las tierras, aunque ya entonces los indios los habían desalojado en parte de sus antiguos dominios, que en anteriores tiempós debieron ocupar una superficie mucho más extensa, especialmente hacia el Oeste, en la fértil vertiente del Pacífico.

El bisonte había sufrido la influencia de los diversos climas de ese enorme territorio, siendo perfectamente apreciables las diferencias que entre ellos existían.

M. J. A. Allen, que ha publicado una admirable monografía del bisonte, de la que por desgracia se encuentran muy pocos ejemplares, ha rebuscado todos los textos, todas las indicaciones concernientes á la existencia y á la destrucción de este animal en los diversos Estados; gracias á estos datos Mr. W. T. Hornaday ha podido trazar un mapa en el que aparecen claramente marcados los límites dentro de los cuales vivía el bisonte en un principio y que desde 1750 fueron estrechándose de día en día.

Los primeros exploradores afirman á una que el número de bisontes por todas partes diseminados era prodigioso, cubriendo materialmente el país y atronando de continuo montes y valles con sus mugidos.

La escasa inteligencia del bisonte debía ser una de las causas de su ruina: el animal no se daba cuenta de los peligros que le amenazaban, y como las manadas eran numerosas, la muerte de algunos individuos de la misma pasaba inadvertida para los demás y no introducía entre ellos el menor pánico.

Pero cuando la destrucción fué tomando mayores proporciones, á medida que los vacíos se hicieron sentir más en todos los rebaños, el carácter del bisonte modificóse por completo: sólo entonces receló del ruido de la carabina y de la presencia del hombre y aprendió á huir, llegando á ser en 1886 el menos abordable de todos los animales salvajes; pero era tarde.

Uno de los principales rasgos de su carácter es la curiosidad: predominaba ésta en ellos en tan alto grado, que los cazadores la tenían siempre en cuenta, y esperaban, por ejemplo, para hacer fuego á que el animal perseguido se detuviera y se volviera tranquilamente para examinar á su perseguidor, cosa que nunca dejaba de hacer.

Cítanse numerosos hechos que atestiguan el valor de este noble animal: las madres hacían á menudo el sacrificio de su vida para proteger á sus hijos.

Mas la lucha contra la civilización invasora hacíase imposible; el bisonte retrocedía fatalmente á medida que aquélla avanzaba, y su destrucción se precipitó por una serie de causas secundarias, tales como el espíritu exterminador de los hombres poco cuidadosos de conservar los inmensos recursos que la naturaleza les proporcionaba, la falta absoluta é inexcusable de medidas protectoras por parte del gobierno nacional, la preferencia de todos los cazadores por las pieles y la carne de las hembras, la fenomenal estupidez del animal y su indiferencia hacia el hombre y el perfeccionamiento de las armas de fuego. Los procedimientos empleados para esta caza eran en corto número y poco diferentes entre sí.

La caza al acecho *(still hunt)* fué la más indigna del hombre y la que causó mayores estragos: el cazador no corría ningún peligro, ni siquiera se excitaba; no era más que un matarife. La captura de los rebaños domésticos de Tejas es indudablemente más peligrosa y más honrosa que aquella en que el hombre, oculto tras una roca ó un alto y espeso matorral, disparaba cuando quería y hasta cansarse sobre centenares de animales que en rebaños numerosos se ponían á su alcance.

La caza á caballo y con perros gozaba también de gran favor entre los indios salvajes, cuya afición por la misma no logró disminuir la introducción de las armas de fuego. Para ella eran elementos indispensables un caballo excelente, un jinete consumado, un valor á toda prueba y, en los primitivos tiempos, un conocimiento perfecto del manejo de las armas arrojadizas, que servían de proyectiles.

Fig. 2. Bisontes cercados por los indios en los Estados Unidos. (Dibujo del profesor H. Y. Hinds.)

W. F. Cody, á quien toda Europa conoció recientemente con el nombre de *Buffalo Bill*, era uno de los más expertos y atrevidos aficionados á esta caza. En 1867 entró al servicio del *Railway Kansas-Pacific*, que á la sazón se estaba construyendo, con un sueldo de 500 dollars mensuales que se le satisfacía á



Fig. 3. Caza de bisontes en el ferrocarril *Kansas-Pacific*, Estados Unidos, en 1872 (Copia de un grabado americano.)

condición de que proveyera á los obreros de toda la carne necesaria para su subsistencia. En diez y ocho meses mató 4 280 bisontes.

Otro sistema consistía en preparar un recinto cercado hacia el cual se empujaba á la manada que se conseguía acorralar y hacer correr entre una doble fila de hombres á pie ó á caballo. Un indio montado y cubierto de una piel de bisonte se ponía al frente de la manada y la arrastraba en pos de sí hasta que al llegar á la entrada de aquel recinto el animal fingido se precipitaba en un escondrijo á este efecto preparado, mientras los bisontes, pasando como un rayo por su lado, se encontraban á poco cautivos y muy pronto víctimas de espantosa matanza. Aquella escena de carnicería era horrible; las vociferaciones de los indios dominaban los mugidos de las víctimas, cuya agonía en masa (pues con frecuencia perecían á centenares) constituía un espectáculo indescriptible. ¡Y qué decir del que ofrecía más tarde este terreno cubierto de huesos y de restos de cadáveres que despedían un hedor intolerable, mientras millones de moscas azules revoloteaban por encima de estos montones putrefactos!

A los cazadores á caballo gustábales otro procedimiento Divididos en dos grupos que partían de puntos distintos, diseminábanse alrededor de una manada, manteniéndose al principio á gran distancia de ella, estrechando poco á poco el cerco y dando vueltas en sentido contrario, como hacen los jinetes en una conocida figura del *carrousel*. Muy pronto los cazadores se encontraban junto á los bisontes, que se amontonaban formando una masa compacta en donde no se perdía un solo proyectil; bien que algunas veces las cañas se volvían lanzas, es decir, los nobles animales trataban de romper el círculo de sus sitiadores, y tomando una vigorosa ofensiva arremetían contra éstos con desesperada bravura. Todo esto, empero, duraba apenas algunos instantes, de modo que una manada de bisontes podía ser cercada y destruída en un cuarto de hora.

Otras veces los cazadores, aprovechándose de las escabrosidades que limitaban bruscamente una meseta, impelían á los bisontes hacia el abismo: los primeros que á la orilla de éste llegaban intentaban detenerse; pero sus esfuerzos eran vanos, porque la masa de los que tras ellos venían les empujaban y todos se precipitaban en revuelta confusión, destrozándose entre las peñas que en el fondo de aquella sima les esperaban.

Finalmente, cuando la nieve cubría con abundancia las praderas y el bisonte hundido en ella hasta medio cuerpo andaba con gran dificultad, el cazador, provisto de unos patines especiales, corría rápidamente sobre la nevada superficie, se aproximaba á los infelices animales y los hería impunemente. La piel del bisonte muerto en esta época del año tiene más valor que la de los animales sacrificados en cualquier otra; por esto en esta estación la caza era mucho más activa que en las demás.

Los primeros colonos de América no habrían podido hacer frente á las imperiosas necesidades de su rudo oficio á no haber tenido á su disposición el bisonte, cuyos vellones, carne y huesos les proporcionaban recursos variados. Aun para los mismos indios, tan numerosos también, había sido el bisonte un verdadero don de la Providencia.

Durante el período de 1730 á 1830 la destrucción de esta especie no fué exagerada; pero á partir de esta última fecha, hízose el exterminio sistemático, merced á expediciones numerosas armadas con todas las ventajas que la civilización ponía en mano de las Compañías directoras. La historia de esta época es verdaderamente lamentable y merece las más amargas censuras de Mr. W. T. Hornaday.

En 1870 existían aún millones de búfalos, y cada año hubiérase podido dar muerte á 500.000 de ellos sin que disminuyera sensiblemente su número: el Estado habría podido contar con una renta anual de 12 millones de pesetas, con sólo percibir un derecho de 5 dollars por cabeza. Así se ha procedido con las focas del Noroeste, y de esta suerte ha quedado protegida la riqueza nacional. Un derecho mínimo sobre cada piel hubiera bastado paga cubrir los gastos necesarios de vigilancia y reglamentación de la caza. Al propio tiempo, el comercio y la industria, alimentados por esa entrega anual de 500.000 bisontes, habrían ganado 20 millones. Pero ni el Estado ni los gobiernos de los territorios han pensado en ello, y una ley votada demasiado tarde por las Cámaras (1874) ni siquiera ha sido promulgada.

La construcción del primer ferrocarril transcontinental tuvo por resultado destruir todos los bisontes que vivían en las cercanías de la línea, alejar á los demás y dividir en dos la superficie por estos animales habitada.

Las manadas del Sur, que contaban más de 3 millones de cabezas, fueron materialmente aniquiladas por la multiplicación de las vías férreas. La fiebre de bisonte en tales parajes sólo es comparable con la fiebre de oro que se desarrolló á poco de haberse descubierto los primeros yacimientos auríferos de California. De todas partes llegaban cazadores seguidos de vendedores de municiones y de compradores de pieles; por doquier se levantaban fábricas para la salazón de las carnes y curtidurías. Las Compañías, aquellas de las que se conoce la cifra de los negocios, obtuvieron, de 1872 á 1874, 3.158.730 pieles; debiendo tenerse en cuenta que en el comercio una piel significa varios animales muertos, y que los indios para su propio uso sacrificaron durante ese período más de 400.000. Consecuencia de todo ello fué que en 1875 todos los grandes rebaños del Sur habían desaparecido por completo.

Los del Norte no podían sustraerse á la misma triste suerte, así es que la temporada de caza del año 1883 dió fin de ellos. Parece mentira que los cazadores no comprendieran que en lo sucesivo, gracias á esas *razzias*, sus persecuciones no tendrían objeto. Al siguiente otoño hicieron con grandes dispendios, como de costumbre, sus preparativos de campaña y comenzaron sus tentativas de caza; pero el éxito de sus correrías fué, como no podía menos, completamente desgraciado. Muchos de ellos creyeron, durante algún tiempo, que la gran manada había emigrado al Norte, á los territorios británicos, de donde regresaría en plena prosperidad, y con ardiente fe eran acogidos los rumores que de distintos puntos llegaban anunciando la vuelta de los bisontes, hasta que al fin fué preciso rendirse á la evidencia y convencerse de que estos animales habían desaparecido en todas partes. Entonces los cazadores hubieron de resignarse á colgar de su armero la ya inútil carabina ó á venderla y á buscarse otros medios de subsistencia, viéndose algunos reducidos á tener que buscar los huesos en otro tiempo abandonados en los principales cazaderos y á comerciar con ellos.

Pero en realidad quedan todavía en toda la América, según recientemente se ha demostrado, poco más de 1.000 bisontes: 550 en un rincón perdido de las posesiones inglesas, 200 que viven bajo la protección del gobierno de los Estados Unidos en el *Yellowstone Park*, y 256 conservados por riquísimos propietarios ó en jardines zoológicos (1). En tales condiciones no es posible que la especie dure más allá de unos pocos años, y los sobrevivientes bastardeados no tardarán en tomar el aspecto y los caracteres de los animales reducidos al estado de domesticidad.

La especie del *Bison americanus* ha dejado de existir.

EMILIO CARTAILHAC

(De *La Nature*)

CORREOS DEL IMPERIO DE LOS INCAS

Gran sorpresa fué para los conquistadores, según nos cuentan los antiguos cronistas, y entre ellos uno de los principales Pedro Cieza de León, cuando pisaron el reino de los Incas, creyendo llegar á un país salvaje, hallar un Estado tan ordenado, que causó la admiración de todos por el orden que en todas partes reinaba.

Para dar á nuestros benévolos lectores una prueba de lo que aquellos sabios príncipes habían conseguido por medio de su admirable administración, hacemos relación del servicio postal en el Perú á principio del siglo XV, época en que estaba muy por encima del de los Estados europeos.

El décimo Inca según nuestra cuenta, el noveno según otros, *Inca Ynpanci Pachacutec*, llamado *el Grande*, había instalado los correos y elevado tal institución desde luego á tanta altura, que no tenía competencia en ninguna otra parte del mundo. Destinados al principio los correos exclusivamente al servicio del Estado, para llevar á los empleados las órdenes del soberano y comunicar á éste de la manera más rápida posible noticias importantes de aquéllos, los aprovechó después la casa imperial para traer varios artículos de fácil descomposición, como, por ejemplo, para el transporte de frutas de las regiones meridionales, de pescado, de caza, etc.

(1) Dos en Inglaterra, 2 en Dresde, 1 en Calcuta después de 1873. Los bisontes libres fueron buscados á fuerza de grandes gastos por los cazadores famosos americanos ó ingleses que deseaban inscribir en su libro de caza: «el último bisonte.» El descubrimiento de uno de estos animales y su muerte eran noticias que la prensa se apresuraba á dar á conocer al mundo entero. Finalmente, en 1886, la *Smithsonian Institution* emprendió una gran expedición en provecho de las colecciones del *Museum National;* pero fueron necesarios inauditos esfuerzos hechos durante muchos años para poder conseguir una colección de veinticinco individuos de ambos sexos y de diversas edades que hoy son admirablemente presentados en las colecciones.

Chasqui (los que cambian alguna cosa) llamaron á los correos, y éstos fueron escogidos, no sólo entre los jóvenes de ciertas provincias, cuyos habitantes se distinguían por su buen andar, sino del número de los mejores de aquellos andarines, que además ofrecían completa confianza á los gobernadores.

Una especie de uniforme, bien calculado para no dificultar los movimientos, los distinguía de los demás indios y obligaba á cada súbdito del imperio á prestarles todo auxilio en el caso de que le necesitasen. Tenían los correos que prestar su servicio al Estado durante tres meses al año, como todos los demás súbditos, y durante este tiempo se les daba todo lo necesario para la vida, tomándolo de los almacenes de provisiones de los adyacentes pueblos; estaban libres completamente de todo trabajo personal y gratuito en los nueve meses restantes y disfrutaban entre la demás gente la estimación que correspondía á su empleo confidencial. La mayor parte de sus mensajes eran verbales; pero los tales correos guardaban tan bien el secreto, – es verdad que si faltaban á la confianza puesta en ellos les costaba la cabeza, – que ni por medio de amenazas ni de regalos se conseguía arrancarles una sola palabra de la orden confiada á su sigilo.

Al lado de los cuatro grandes caminos ó carreteras que saliendo de la capital Cuzco cruzaban el Imperio en las direcciones de Norte á Sur y de Este á Oeste, se encontraban á la distancia de una legua las *casas de posta*, pequeños edificios de madera ó de piedra con techo de paja, que eran las habitaciones de los correos durante sus tres meses de servicio. En tiempo de paz se alojaban cuatro correos en cada una de esas casitas, mientras en épocas de guerra su número fué aumentado á ocho y hasta á diez individuos, y por lo menos la mitad de ellos tenían que estar dispuestos lo mismo de día que de noche á prestar servicio en el acto. Mientras unos descansaban, dos tenían que estar de guardia delante de la puerta, mirando el uno continuamente en una dirección de la carretera, mientras el otro no quitaba los ojos de la opuesta, para no perder ni un solo instante, si de uno de los dos lados le daban la correspondiente señal por medio del fuego. Cuando el uno veía que se levantaba humo ó que resplandecían de noche las llamas en una de las direcciones del camino, prendía inmediatamente fuego al montón de hierbas y ramas secas que siempre estaba dispuesto para tal objeto al lado de la casita, para avisar por ese sencillo medio á los guardias de la próxima estación que estuvieran listos á entrar en funciones.

El mismo corría en la dirección de donde había percibido la señal al encuentro del esperado correo, para que éste le comunicara ya antes de llegar á la casita el correspondiente mensaje y él le aprendiese de memoria.

Hasta que sabía reproducirlo palabra por palabra no se separaban el uno del otro, sino que seguían corriendo juntos hacia la próxima estación, y cuando el llegado se había al fin persuadido de que el otro no olvidaría ni una sola palabra, entonces le dejaba correr y descansaba de la fatiga del camino en la casita postal. Otras veces formaba en un *quipu* (especie de borla de cordelillos de diferentes colores, que servían en el antiguo Perú en lugar de los escritos) el mensaje, y si aquél estaba atado además con un hilo de color encarnado, significaba que procedía directamente de la divina persona del Inca.

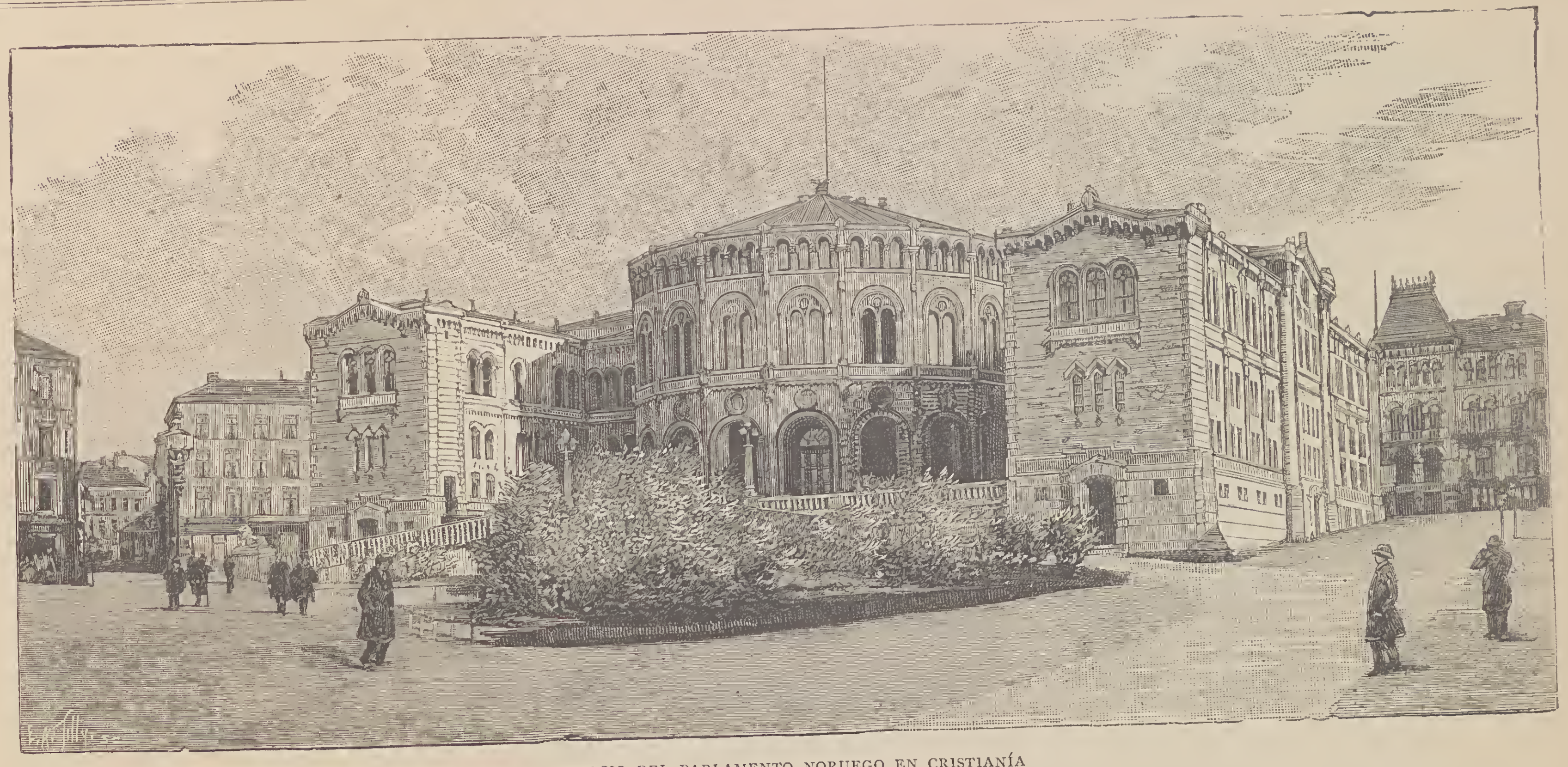
Tal *quipu* era mirado por el correo que le llevaba y por la persona á quien iba dirigido como cosa sagrada y guardado cual si fuera la reliquia de más alta veneración.

Acontecimientos extraordinarios, como la revolución de los habitantes de alguna provincia ó la invasión guerrera de una tribu enemiga en el territorio del Imperio, fueron señalados por medio de altas llamaradas y comunicados rápidamente de esa manera al Inca, mucho antes de que sus correos pudieran traerle tan infaustas noticias.

De día, como de noche; en los arenosos y ardientes desiertos de la costa, como en las heladas punas de las cordilleras; en los inhabitadas soledades, lo mismo que en los valles densamente poblados, cuidaban los *chasquis* con tanto celo de su obligación, que el Inca en todas épocas del año podía comer en su mesa pescado fresco de mar, traído por sus correos, á pesar de los centenares de kilómetros que separan Cuzco, la entonces capital del Imperio, de la costa del mar Pacífico.

Seguramente ningún soberano europeo del siglo XV podía conseguir de su servicio postal lo que los Incas obtuvieron por medio de su admirable administración en todos los ramos de ésta en sus vastos dominios.

DR. BREHM



PALACIO DEL PARLAMENTO NORUEGO EN CRISTIANÍA

LOS PARLAMENTOS DE EUROPA

III

NORUEGA

La Constitución noruega ofrece la particularidad de ser la más antigua de las que actualmente rigen en Europa. Fué promulgada en 16 de mayo de 1814 en Eidsvold, en las circunstancias que vamos á relatar.

Anexionada á Dinamarca desde el año 1376, y sometida en el siglo XVII al régimen del poder absoluto, Noruega fué cedida á Suecia por el tratado de Kiel (14 junio 1814), firmado después de la expedición del príncipe Carlos Juan de Suecia á Holstein. Este tratado, sin embargo, no fué aceptado por Noruega. El príncipe Cristián Federico, *Statholder* del reino, se declaró regente (9 enero), y convocó el 10 de abril, en Eidsvold, una asamblea nacional que adoptó los principios generales de una Constitución, inspirándose en los que informaban la inglesa y la francesa de 1791. La Constitución fué votada el 16 de mayo, y al día siguiente eligióse rey al príncipe Cristián Federico.

Sin embargo, Suecia no quiso reconocer la elección. Después de negociaciones inútiles para poner en ejecución el tratado de Kiel y de una breve campaña conducida por el príncipe Carlos Juan, el rey Cristián Federico vióse obligado á abdicar, adoptándose entonces en principio la unión de Noruega y Suecia, revisándose en este sentido la Constitución de Eidsvold, y aprobándose definitivamente, después de la elección que designó para el trono de Suecia al rey Carlos XIII, el texto de la nueva Constitución (10 noviembre 1814).

Esta Constitución ha sido objeto ya de quince enmiendas sucesivas, de las que las principales tienden á anular la exclusión de los judíos, á la alteración del sistema de las circunscripciones electorales, al restablecimiento del *Storthing* trienal por el anual, á la supresión del *Statholder* y á la admisión de los que no son luteranos en las funciones del Estado. Vamos á resumirla tal como existe hoy día.

La forma de Gobierno es una monarquía constitucional con un parlamento (*Storthing:* Gran Asamblea), compuesto de dos cámaras (*Hagthing* y *Odelsthing*), ambas resultantes de una sola y misma elección en dos grados por electores contribuyentes.

El rey no tiene más que un derecho de veto suspensivo.

El *Storthing* comprende dos cámaras; pero sólo hay una elección, que recae en cierto número de diputados, igual á la totalidad de los individuos que deben constituir el parlamento; y los diputados elegidos son los que designan de por sí una cuarta parte de ellos para formar la primera cámara, *Hagthing*; las tres cuartas partes restantes componen la segunda cámara, *Odelsthing*. El número de diputados del *Storthing* es de 114; perciben una asignación de 18 pesetas diarias, y advertiremos de paso que ningún diputado de Europa cobra tanto.

Las dos terceras partes de los individuos del *Storthing* son elegidos por los campesinos, que naturalmente nombran á los que también lo son, de lo cual resulta que en esta clase hay muchos hombres políticos distinguidos. En Noruega no hay nobleza; los nobles de la Edad media son los campesinos de la actualidad; pero estos últimos se resienten de sus orígenes, y tienen cualidades nativas y personales que comunican á su clase una grandiosidad y un carácter que distan mucho de alcanzar aquellos que se dedican al cultivo de la tierra en otros países. El campesino noruego ha sido siempre propietario del suelo, y disfruta desde hace siglos del derecho de nobleza; de modo que si se ve obligado á vender su dominio, su hijo puede volver á comprarlo, aunque el nuevo propietario no quiera venderlo. Por más que Noruega haya sido durante tres siglos una provincia de Dinamarca, los reyes autócratas no osaron jamás tocar á ese derecho, mientras que los campesinos daneses eran esclavos de la nobleza. Esta última, en Noruega, fué suprimida en 1822, y sólo contaba una veintena de familias de origen extranjero, no muy ricas.

Los diputados son elegidos por tres años, y las cámaras se renuevan cada vez en su totalidad; no hay elecciones parciales, pues en caso de enfermedad, muerte ó dimisión, el diputado es sustituído por un suplente.

La apertura del *Storthing* se verifica todos los años el primer día no feriado del mes de febrero, en la capital del reino. En ciertos casos muy graves, el rey tiene el derecho de convocar el *Storthing* en sesión extraordinaria, y puede disolver cuando le parezca bien la asamblea para estos casos congregada. El *Storthing* ordinario, en cambio, permanece reunido tanto tiempo como lo juzga oportuno; pero si pasa de dos meses debe pedir autorización al rey para continuar deliberando.

El Storthing, tanto extraordinario como ordinario, no puede celebrar sesión á menos de hallarse presentes las dos terceras partes de sus individuos.

La sesión ordinaria comienza por un discurso del rey, en cuya presencia no puede haber deliberación.

El *Hagthing* (primera cámara) y el *Odelsthing* (segunda cámara) celebran sus sesiones por separado y nombran su presidente y secretario.

Sus sesiones son públicas, y las deliberaciones se dan á luz por medio de la prensa, excepto en el caso en que se hubiera resuelto por mayoría de votos lo contrario.

Los ministros no asisten á las deliberaciones del *Storthing*: entregan los proyectos de ley presentados por el Gobierno y retíranse inmediatamente después.

Las atribuciones del *Storthing* consisten en hacer y abolir las leyes, establecer los impuestos, las contribuciones y los derechos de aduanas, y en general velar por la hacienda, tomar conocimiento de las alianzas y tratados firmados por el rey, etc.

La elaboración de las leyes constitucionales se hace de la manera siguiente, que ofrece, como ya se comprenderá, muchas garantías contra revisiones demasiado bruscas. El cambio de un párrafo de la Constitución no se puede votar antes que los electores hayan emitido su parecer; es decir, que el proyecto se presenta en un *Storthing*; pero el siguiente, constituído después de nuevas elecciones, es el que lo discute y lo vota.

Así, por ejemplo, un proyecto entregado en el *Storthing* actual, elegido para el período de 1888 á 1891, no se discutiría hasta reunirse el *Storthing* próximo, elegido para el período de 1892 á 1895. Todos los proyectos constitucionales son votados por el *Storthing*, necesitándose para su aprobación una mayoría de dos terceras partes de los votantes. Después el rey emite su opinión: si se opone á él, el proyecto queda en suspenso hasta el inmediato *Storthing*, en el que puede volver á obtener mayoría; el rey puede seguir oponiéndose á él, y en tal caso déjase de nuevo el proyecto para el siguiente *Storthing*, y si éste lo aprueba, aquél tiene fuerza de ley *á pesar* del soberano; y de aquí resulta que un proyecto puede estar en suspenso durante siete años.

Los reyes han hecho uso con mucha frecuencia, desde 1814, de ese veto suspensivo. Durante setenta y cinco años no ha habido en Noruega parlamentarismo, y aun antes de 1884, no solamente los ministros no eran individuos del parlamento, sino que tampoco se les admitió en las sesiones. En 1883, precisamente con motivo de esta última cuestión, el rey quiso, por consejo de sus ministros, oponer un veto absoluto á un proyecto votado por tercera vez por el parlamento; pero el *Storthing* declaró por gran mayoría que el rey no tenía más que el veto suspensivo, y el *Riksratt* (tribunal del reino) condenó á los ministros recalcitrantes á perder su cartera por crimen de lesa Constitución.

El presupuesto se vota por el *Storthing* completo; en cuanto á las leyes ordinarias, á las puramente civiles, los proyectos se discuten y votan la primera vez por el *Odelsthing*, que los propone entonces al *Hagthing*, y este último los acepta ó rechaza. Si las dos cámaras no están de acuerdo, el proyecto no se reproduce hasta el próximo *Storthing*, del mismo modo que para los constitucionales, y el rey puede oponer dos veces el veto á esos proyectos; mas si éstos son votados por tres *Storthings* sucesivos, llega á ser ley sin la real aprobación.

Hemos dicho que no había más que una sola y misma elección á dos grados para los individuos de las dos cámaras del *Storthing*.

El elector de primer grado ha de ser noruego, de 25 años de edad, y domiciliado por espacio de cinco en el distrito donde vote. Además se hace necesario llenar una de las condiciones siguientes: ser ó haber sido funcionario nombrado directamente por el rey; en los pueblos, poseer, ó tener arrendada por más de cinco años, la totalidad de una tierra inscrita en el catastro; en las ciudades, poseer la totalidad de una casa ó de un terreno, cuyo valor mínimo no baje de 800 pesetas, ó pagar patente de comerciante, de artesano ó de capitán de buque. Las listas electorales se forman en las ciudades por el *magistrat* (alcalde y adjuntos) y en los pueblos por el *fogde* (subprefecto): antes de inscribirse, todos deben prestar ante el tribunal juramento de fidelidad á la Constitución.



LECCIÓN DE CATECISMO, cuadro de D. José M. Marqués, adquirido por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona para el Museo de Bellas Artes de esta ciudad



Imp. de Montaner y Simón

DOÑA JUANA LA LOCA.-ACUARELA DE PRADILLA



VIOLINISTA.—Estatua de D. José Reynés

Premiada con medalla de primera clase en la Exposición de Bellas Artes de Madrid, 1890

Los electores de segundo grado son elegibles entre los del primero.

Para ser elegible en el *Storthing* se hace preciso ser elector, tener 30 años y estar domiciliado durante 10 en el reino.

Noruega está dividida en distritos electorales urbanos y rurales. De los 114 diputados que constituyen el *Storthing*, 38 son elegidos por las ciudades y 76 por los pueblos. Las Asamblas electorales para la elección en primer grado y las que eligen diputados reúnense cada tres años y terminan antes de finalizar el mes de agosto. En las ciudades, los electores de primer grado van á reunirse en la Casa Ayuntamiento ó en la iglesia, bajo la presidencia del *magistrat*, y nombran un elector de segundo grado por cada cincuenta del primero. En los pueblos, el punto de reunión es la iglesia, y el cura preside la asamblea, que nombra un elector de segundo grado por cada ciento del primero.

El presidente del *Storthing* ocupa un rango mucho más elevado que sus colegas europeos, puesto que viene inmediatamente después del rey, siguiéndole luego el presidente del Consejo y los presidentes del *Odelsthing* y del *Hagthing*.

El parlamento noruego ha atravesado desde 1814 períodos muy accidentados; pero sólo ha combatido, y en esta lucha ha tenido la nación de su parte, por las reformas que las demás naciones europeas habían hacía tiempo conseguido. Es evidente que Noruega, que estuvo gobernada por espacio de tres siglos como provincia y fué explotada por otra nación, que entró de repente en el régimen constitucional sin tentativas previas y sin preparación, con un presupuesto que, en un principio, apenas llegaba á seis millones; es evidente, decimos, que una nación en tales condiciones no podía disfrutar desde el primer momento de todas las libertades. Los primeros *Storthings* tuvieron que luchar para resistir á todas las ideas del rey Carlos Juan, pero resistieron; los sucesivos hubieron de combatir para borrar de la Constitución algunos párrafos humillantes que fueron añadidos el 4 de noviembre de 1814, cuando la unión de Noruega y Suecia; párrafos que, por otra parte, hacía mucho tiempo que no se observaban. Finalmente, los *Storthings* de los últimos veinte años han debido esforzarse para obtener las reformas modernas (los ministros en el parlamento, el establecimiento del jurado, una nueva ley militar, un sufragio algo menos restringido, etc.), pero al fin las han conseguido.

Estas continuas luchas han hecho nacer un gran número de hombres políticos. El *Storthing* que se abrió en 6 de febrero del presente año difiere en absoluto del anterior. El partido liberal, que había aumentado considerablemente durante los últimos treinta años hasta llegar á constituir en el *Storthing* de 1884 á 1886 las tres cuartas partes del parlamento, fué bruscamente disuelto por el ministerio salido en 1884 de ese mismo partido. Con la alianza del nuevo grupo, los ministeriales con la derecha, el partido liberal se ha visto reducido á una completa impotencia, al paso que la derecha ha alcanzado, por el contrario, una fuerza tal, que sólo le faltan cinco votos para tener mayoría. En cuanto á los ministeriales, forman una sexta parte del parlamento.

El jefe de este ministerio, M. Juan Sverdrup, es el mismo que por espacio de treinta años fué jefe del partido liberal: cuando en 1884 fué llamado por el rey tuvo una gran mayoría; cuatro años después sólo tenía veintidós partidarios y se aliaba con la derecha, cuyos jefes, es decir, los ministros, habían sido condenados por un tribunal compuesto en gran parte de diputados liberales elegidos bajo la vigilancia de M. Sverdrup.

* * *

El Palacio del Parlamento, construcción moderna, se inauguró en 1866. En el interior hay una gran sala redonda, rodeada de galerías y de tribunas de madera, tapizadas de tela roja con adornos de oro. Sobre la tribuna presidencial hay un cuadro enorme que representa la asamblea constituyente del 17 mayo de 1814.

X

EL ULTIMO ABRAZO (1)

Ni contigo ni sin ti
Tienen mis males remedio;
Contigo, porque me matas,
Y sin ti, porque me muero.

(Copla popular)

Miradle, allí está; envuelto en una descolorida bata; encorvado sobre la mesa; los lentes torcidos aprovechando los últimos rayos del sol, que débilmente iluminan el gabinete. Solitario lleva á cabo sus preparaciones; cuando concluye, anota el resultado en una tarjeta, que coloca á cada especie; después sonríe lleno de satisfacción íntima, y dirige una vaga mirada al antiguo reloj, cuyo péndulo oscila en frente del salón, y cuya manecilla casi toca las seis, como suplicándole que detenga su rápida carrera, á fin de concederle más tiempo para continuar el trabajo comenzado.

En su rededor se siente el frío de los cementerios; aquello más que santuario de la ciencia, parece una necrópolis zoológica.

Todo está yerto; todo mudo, impenetrable, sombrío.

Las magníficas colecciones de los diversos reinos de la madre naturaleza dibújanse al través de los cristales de los anaqueles que adornan la estancia, reunidas á costa de grandes sacrificios; los más raros ejemplares zoológicos antediluvianos, colocados á lo largo de la sala y sostenidos por armazones de alambre, alternan con la más variada gaveta de curiosas cristalizaciones; el más rico plumaje de las aves, la piel más estimada del montaraz habitante de los bosques, el caracol más veteado, la hoja más istriada, el filón más aurífero; todo se encuentra allí; y por último, como presidentes de aquel panteón inmenso, de aquel aquelarre de los seres del globo, dos blanquecinos esqueletos de diferente sexo, encerrados dentro de unas cajas de cristal y colgados por los cráneos de un gancho dorado, cual si todavía la muerte avara intentase arrancarlos del sitio en que se hallan colocados.

En este *spoliarium* vive el doctor; esa es su sociedad; éstos sus amigos. De su alma han huído los dulces y halagadores anhelos de gloria. Marchitas están en su corazón las flores del amor, del hogar y de la amistad: vive tranquilo sin más pasión que la ciencia, sin otros afectos que los indiferentes y fríos que le presta su vieja criada, sin otros amigos que los libros que constantemente hojea. Apenas cuenta treinta años. Ya la nieve, sin embargo, salpica sus cabellos negros. La ciencia concluirá por secar hasta su vida. Su mirada es tan dulce como la de una madre sobre su primer hijo, su palabra afable y cariñosa; mas cualquiera que lo observe de cerca, nota que aun en medio de sus tareas científicas, su noble frente se obscurece de vez en cuando, y su mirada, de continuo suave, tórnase centellante y amenazadora, turbándose instantáneamente el limpio cielo de su vida.

Pasan los minutos y las horas, y el sabio no cesa en su labor: mientras tanto, el sol se ha escondido en el ocaso y la noche preside á la vida del mañana.

El doctor no se ha dado cuenta de esa línea divisoria que se establece entre la luz y las sombras. De pie, con su escalpelo en la mano, desentraña los misterios que encierra el delicado organismo de una inocente tórtola. Ahora es el astro plateado el que envía á su prometida sus pálidos rayos, á cuya luz el naturalista prosigue su operación. De pronto un cambio súbito se verifica en los cielos, la luna rodéase de espesas sombras, y un viento frío y amenazador entra á ráfagas por las ventanas del despacho, helando la tierra, privada ya de su dulce amiga. El cansancio rinde, por fin, el ánimo del doctor, que abandona el escalpelo sobre la mesa de disección, y cae pesadamente en la vetusta poltrona. Quédase abstraído en sus recuerdos, y con los ojos clavados en la obscuridad, que trata de explorar, recorre aquellos sitios tan conocidos de él; de pronto una claridad fosfórica alumbra todos los objetos, que parecen de fuego, al mismo tiempo que se oye un chirrido seco como el de una llave que da vuelta en una cerradura enmohecida. Dirige su atónita mirada hacia el ala derecha del estudio, y con pasmo observa que la tapa de la caja de cristal que contiene uno de los esqueletos ha girado sobre sus goznes y permite la salida de aquella armazón humana. El doctor siente latir su corazón, y un escalofrío intentísimo recorre su cuerpo; pónese en pie; quiere ir al encuentro de aquel ser de ultratumba; pero éste, encarnándose en una figura muy conocida del sabio, se acerca pausadamente, le tiende la mano, y apoyándose en su hombro, le dice:

– ¿Ya no me conoces?

El naturalista embargado de terror, levanta la cabeza al oir el eco de una voz para él inolvidable.

– ¡Padre mío!...

– He venido á acompañarte; ¡estás tan solo!

Y aquella boca yerta, depositó en su frente un beso glacial.

Semejante impresión trajo á su mente las felices noches en que la paterna bendición guardaba su temprana existencia.

– Hace mucho tiempo que soy tu compañero: desde que me desenterraron unos vendedores de huesos, he venido á adornar tu gabinete de Historia Natural, siendo testigo de tus desvelos y de tu ardiente amor á la sabiduría.

– ¡Ah, padre mío! ¿Y mi madre? ¿Ha visto usted á mi madre?

– Ayer la vi; está en el cielo. ¡Si vieras que bienestar se goza allende el sepulcro. Los muertos no tienen ni ambiciones ni envidias. No nos amamos, y por tanto no nos odiamos. Somos un ejército de indiferentes. Todos somos iguales, lo mismo el grande que el pequeño; es decir, nada.

– Casi me están dando ganas de morir... pero ¿quién concluirá mis clasificaciones?

– Nadie; mejor es dejarlo todo así; en la tierra nada se acaba, porque nada vale la pena de acabarse.

– ¡Pues me voy con usted, padre mío!

Y Raimundo, con febril impaciencia, arregla sus papeles, sacúdese el polvo de la bata, envía un adiós á todo lo que ha constituído su ocupación en la vida, y al tomar el sombrero, el esqueleto de la izquierda rompe con su mano de un golpe el vidrio de la tapa, que cae al suelo convertido en finísimo polvo, semejando una lluvia de brillantes microscópicos, y envolviéndose en unas curvas femeniles deja contemplar á una hermosa mujer.

– ¿Qué es eso?, dice el otro esqueleto.

– ¡Otra visita!, exclama con asombro Raimundo.

– No os asustéis, señores: soy... Leonor.

– ¡Sí! ¡Leonor! ¡Dios mío!... ¿Estaré soñando?

– Nada es tan real como la muerte y todos creen que es un sueño. ¿Me quieres aún?

– Con toda mi alma. ¿Y tú?

– Muerta estoy, y sin embargo, al verte, el sitio que en otro tiempo ocupó mi corazón se ha dilatado con violencia, como si palpitase de amor...

– ¡Oh, Leonor de mi alma! Perdóname si he profanado tus restos.

– No me extraña; para los que mueren no hay respetos en la tierra. Ya ves, lo que no pudiste realizar en toda mi vida, lo has conseguido á mi muerte: ¡me has comprado!

– ¡Oh! ¡Cuánto me complace la idea de saber que me habéis acompañado en mis soledades! Con ustedes, ¿que más podía apetecer?...

– ¡Que viviéramos!, dijo el padre de Raimundo, levantando la falange del índice.

– ¿Y qué importa si puedo irme con ustedes á vivir al mundo de los recuerdos?

– ¿Recuerdos? ¿Quién se acordará de ti cuando partas conmigo?

– ¡Cómo!, replicó el esqueleto de Leonor. ¿Te vas con tu padre? ¡Imposible! Antes te arrancaré el corazón.

Podría decirse que la lucha iba á ser encarnizada y sangrienta, si no se tratara de dos esqueletos.

Raimundo se colocó entre ambos y quiso evitar aquel combate espantoso.

– ¡Me iré con los dos!, gritó.

– ¡Imposible!, dijo el padre.

– Conmigo ó sin mí, tartamudeó Leonor, cuyo cráneo amarilleaba de ira.

Entonces Raimundo, en un supremo esfuerzo de virilidad, asió contra su pecho á ambos esqueletos, pronunciando estas palabras dirigidas á los dos:

«Ni contigo, ni sin ti.»

. . . .

Un crujido de huesos que chocan contra el pavimento, la caída de un cuerpo á plomo, terminaron la conversación. Todo quedó envuelto en la obscuridad; sólo las ráfagas del viento, frías y amenazadoras, entraban de vez en cuando á saludar aquella extraña escena.

Llegó el día y, como de costumbre, la vieja criada del naturalista entró en la estancia á sacudir sus colecciones; pero un ¡ay! de angustia se escapó de su garganta; gritó, llamó gente; acudieron los vecinos y los transeuntes, y todos fueron testigos del más extraordinario espectáculo. En medio del salón, y tendido á lo largo, yacía exánime el doctor, oprimiendo con sus brazos los esqueletos de su gabinete.

El vulgo, siempre novelesco, encontró desde luego en este hecho, pasto para sus fábulas; pero nadie podía averiguar la verdad de lo sucedido.

El que quiera saberlo, si no goza por desgracia suya, de la bendita sombra de sus padres, que piense en ellos, y si ha amado, que evoque las inefables pláticas con la mujer querida, y verá que ambas cosas difícilmente se borran del corazón del hombre.

E. Sánchez de Fuentes y Peláez

* * *

(1) Tomamos este artículo del libro que con el título de *Acuarelas* ha publicado en la Habana el distinguido escritor americano E. Sánchez de Fuentes y Peláez.

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS EFECTOS DEL RAYO EN LAS DISTINTAS ESPECIES DE ÁRBOLES

Las causas del rayo no están todavía completamente explicadas. Hemos de considerar á las nubes como portadoras de electricidad que ó bien cambian entre

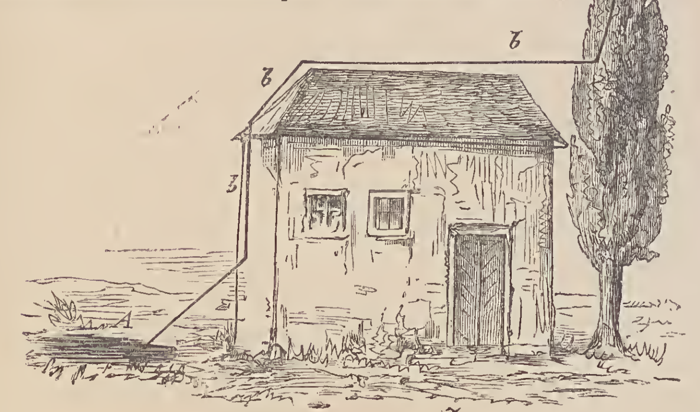


Fig. 1. Desviación de un rayo

sí el fluido en ellas acumulado produciendo los relámpagos superficiales, ó bien lo descargan sobre la tierra si están á bastante proximidad de ésta.

El proceso de la descarga eléctrica hemos de suponerlo del modo siguiente: la nube atrae de la tierra una gran cantidad de electricidad contraria que se junta con la que de la nube cargada se desprende, y al unirse una y otra se inflaman las partículas de gas en el aire contenidas, produciéndose de esta suerte el relámpago.

Si la nube se acerca á una casa aislada provista de pararrayos, la punta de éste desprende la electricidad con energía más eminente, y de tal manera disminuye la carga de la nube que se aproxima, que la electricidad restante se desliza sin daño de la casa por el cable de metal, que la dirige hacia el suelo. Para que la fuerza resolutiva de la punta del pararrayos sea lo más grande posible, es preciso que el otro extremo del conductor esté en contacto con una capa húmeda de la tierra (agua subterránea), á fin de que la cantidad necesaria de electricidad se deslice en muy poco tiempo; es preciso también que el cable conductor esté bien unido en todas sus partes, porque de lo contrario, no sólo no se llena aquella condición esencial, sino que el rayo puede, al llegar á un punto de desunión, desviarse fácilmente: de modo que un pararrayos en mal estado es mucho más peligroso que la ausencia total de pararrayos.

La desviación es en todos los casos posible cuando otro camino ofrece el rayo mejor conductor, y á este propósito citaré un caso ocurrido en Bremen. La exhalación cayó sobre el pararrayos del campanario de la iglesia de San Remberto y se deslizó por él hasta que al llegar á cierto punto saltó en la pared vecina, agujereóla y penetró en el interior del templo, siguiendo por la cañería del gas.

Las leyes generales de la conducción de la electricidad se confirman también cuando el rayo cae en un árbol: en este caso se explica una gran parte de los fenómenos que sobre esta materia se observan.

Las huellas que de su paso por los árboles deja el rayo son muy distintas, según la clase á que el árbol pertenezca, y aun pueden serlo en una misma especie según la edad ó el emplazamiento del mismo: las estaciones desempeñan también en este fenómeno un papel importante.

El árbol más amenazado por el rayo y por ende el más peligroso es el álamo italiano *(populus pyramidalis)* y esto se debe más que á su esbeltez á la circunstancia de tener las raíces muy ramificadas. Este álamo desarróllase con preferencia en los terrenos mejores y más húmedos, y á menudo el labrador ve con disgusto cómo el álamo que crece en el linde de su campo no deja prosperar los frutos en éste sembrados. Por esto la madera del álamo está muy llena de savia, y de aquí que un árbol de éstos sea un excelente conductor del rayo.

Las huellas del rayo en un álamo sólo se observan en las partes bajas del árbol: una ó varias rayas aparecen marcadas, casi siempre en dirección recta, en el tronco, prolongándose hasta las raíces, y la corteza es lanzada á gran distancia, quedando en descubierto la madera en una anchura de 20 á 40 centímetros (fig. 4): en el centro de la raya se ve generalmente una ó varias hendiduras hasta de 5 milímetros de grueso (A), cuyos bordes se presentan algo ennegrecidos en la forma que indican las rayitas de nuestro grabado. La copa del árbol permanece intacta; la corteza de las ramas no ofrece en ella ninguna raja, las ramas se conservan lozanas y las hojas no pierden su verdor.

El naturalista francés M. Colladon, que se ha ocupado en estudiar minuciosamente los efectos del rayo en los árboles, cita muchos casos en que la exhalación saltó por encima de árboles más altos para caer sobre un álamo: en un seto que se extendía de Sud á Norte había un álamo de 4'1 metros de altura, y á una distancia de 4 metros alzábanse á un lado un roble y á otro un ciruelo, ambos más altos que aquél, y sin embargo de esto, sólo en el álamo se encontraron las huellas del rayo, al paso que los otros dos quedaron intactos.

De suerte que no siempre la punta más alta es la más expuesta á recibir el rayo: la mayor altura sólo influye cuando las demás condiciones favorables á la conducción de aquél son poco más ó menos iguales. Así pudo demostrarse en un caso en que en los ángulos de un triángulo equilátero de 2 metros cada lado (fig. 8), había plantados tres álamos: el I de 18 metros de alto, el II de 19 y el III de unos 20. De los tres, únicamente el II y el III sufrieron los efectos del rayo, el cual, á pesar de venir en la dirección que en nuestro grabado indica la flecha, saltó por encima del I, que era 2 metros más bajo que el III, y dejó en éste mayores huellas que en el II, que tenía un metro menos.

En el campo, los aldeanos suelen plantar algún

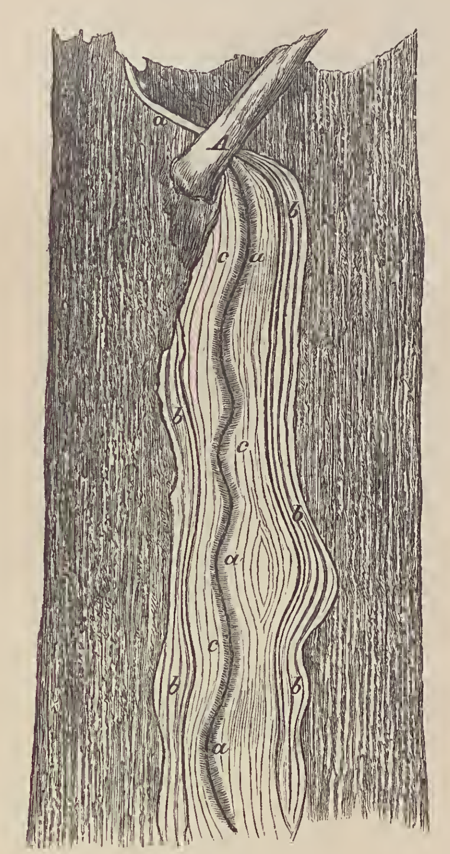


Fig. 2. Roble

árbol al lado de su casa en la creencia de que siendo éste mejor conductor que el techo cobijado bajo su copa, ofrecerá á la descarga eléctrica mayor energía de atracción que la vivienda. Pero no siempre los resultados corresponden á esta previsión, y así lo demuestra otro ejemplo citado por Colladon (fig. 1): junto á una dependencia de una granja había á un lado un lozano y corpulento álamo, y al otro un profundo charco lleno de agua cenagosa; durante una tempestad que descargó sobre la finca cayó un rayo en el álamo; pero desde éste saltó al ángulo del tejado y recorrió la línea *b*, á lo largo de éste y de la fachada opuesta de la casita, yendo á parar al lodazal, incendiando las vigas de la techumbre, y todo el edificio con la paja que contenía quedó reducido á cenizas.

Si el álamo hubiera estado al lado del charco, no habría ocurrido esta desviación.

Collados dice que para obtener un medio seguro de desviar el rayo es preciso que estos «álamos pararrayos» estén provistos en su parte inferior de una verja de hierro puesta en comunicación con el agua subterránea.

Después del álamo, el roble es el árbol más expuesto á las exhalaciones: en él las huellas del rayo presentan caracteres muy distintos que en el álamo, notándose en este punto y con respecto al mismo una regularidad constante.

Los robles ofrecen un gran desarrollo en su copa y sus ramas tienen notable grosor hasta en sus más altas extremidades.

Así como en el álamo la punta de la copa tocada por el rayo se conserva sana y continúa verde, en el roble la rama por aquél alcanzada no tarda en morir; la raya producida por la exhalación comienza en lo alto del árbol y llega hasta el suelo trazando una espiral, arrancando la corteza en una anchura de muchos decímetros y dejando al descubierto la madera: en el centro de la parte que ha quedado en descubierto aparece á menudo una hendidura de 10 milímetros de profundidad que corre paralelamente con las fibras. La fig. 2 representa una parte de un roble herido por un rayo: en la raíz de la rama A las fibras describen un ángulo que también sigue la raja *a*; las líneas finas señaladas con la letra *c* representan las fibras; las líneas marcadas con la letra *b* representan la formación de una nueva corteza. El cambium segregado debajo de la corteza vieja va cubriendo con los años la herida producida por el rayo, de modo que transcurrido algún tiempo la raja queda por completo cerrada.

Fig. 3. Abeto

Colladon cita una porción de observaciones en el fondo idénticas al ejemplo citado. De ellas difiere notablemente una hecha por mí en un árbol en que el rayo había abierto, no una, sino cuatro hendiduras en la parte superior y tres en la inferior, todas paralelas á las fibras de la madera. Se trataba de un roble existente en la *Nonne* de Leipzig que fué herido por la descarga eléctrica en 1889; era el árbol más grande de todos los que á su alrededor crecían; la circunferencia del tronco medía 3'3 metros á medio metro sobre el suelo. El rayo dejó su huella en una línea espiral, cuya parte inferior puede verse en la figura 9, y la parte que quedó en descubierto tenía una anchura de 20 á 30 centímetros: las tres rajas citadas corrían paralelas entre sí y con las fibras del árbol y se prolongaban hasta las raíces. La fig. 7 representa una sección horizontal del árbol cortada á la altura *f d* de la fig. 8, los semicírculos 1, 2 y 3 indican la situación de las hendiduras. La raja que en la figura 8 va marcada con el número 3 está en parte oculta por la corteza; en los puntos comprendidos entre *a* y *b* (fig. 9), ésta presenta largos hilos longitudinales y la madera

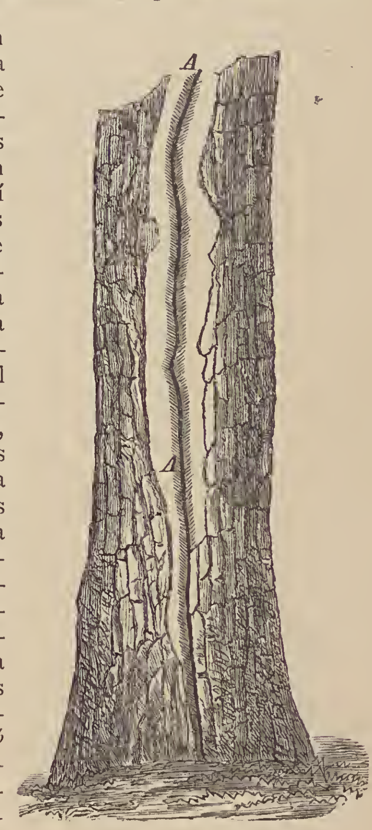
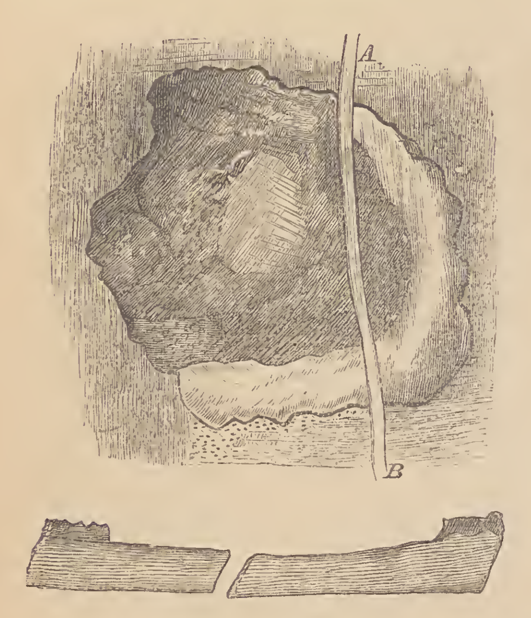


Fig. 4. Alamo italiano

aparece en estos sitios dividida en largas y delgadas fibras; además la corteza estaba muy tostada, sin llegar á estar carbonizada. La carbonización no se efec-



Figs. 5 y 6. Abeto

túa en los árboles sanos, pues la gran humedad de la madera tierna la impide, observándose únicamente en las ramas secas.

Especial interés despiertan las especies de pinos, que ofrecen caracteres muy distintos de los antes descritos; en ellas no siempre son iguales los efectos del rayo; así, mientras Colladon no ha visto en ninguno de estos árboles una raja, en un abeto de Rehburg se observó la existencia de ésta, y yo mismo he podido comprobar otro tanto en varios pinos.

Colladon describe el carácter general del modo

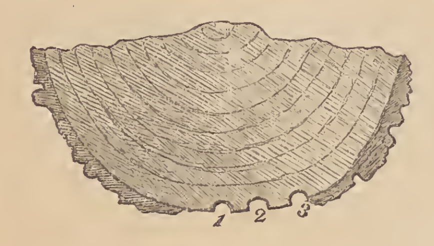


Fig. 7. Roble

que representa la fig. 3: largas hendiduras de algunos centímetros de profundidad aparecen á lo largo del árbol (AB y A'B'), y en algunos puntos se presentan manchas que ya hemos citado en el álamo y sólo en ellas queda al descubierto la madera. La mayor de estas manchas está representada en su tamaño natural en la fig. 5 y es la que en la fig. 3 indican la línea *a b*. A'B' es la hendidura que la atraviesa y que se ve en la fig. 6, que reproduce una parte de la sección horizontal del tronco.

Acerca del modo como nacen estas manchas nada se sabe; sólo raras veces han podido ser observadas, pues generalmente pierden muy pronto su carácter primitivo y no tardan en desaparecer, no dejando en el tronco más huella que una pequeña depresión parecida á la que se produciría en aquél con un hierro candente.

En Rehburg cayó un rayo en un abeto, rompiendo una gruesa rama de la copa y dejando, á partir de la raíz de la misma, una raja de unos 12 centímetros de ancho que en forma de espiral descendía envolviendo el árbol. La centella penetró en doce capas lignosas anuas del tronco y arrancó de éste astillas de 3 metros de largo, que quedaron en parte colgando del mismo y en parte fueron lanzadas á distancia.

Las demás especies de árboles no ofrecen ninguna variante notable: en el álamo negro y en el tilo he observado hendiduras análogas á las descritas, y Colladon las ha visto también en el olmo.

Creen muchos que el árbol alcanzado por el rayo necesariamente muere, y esto no es exacto; pues si bien las partes heridas se desarrollan con alguna dificultad, el árbol no perece enteramente, sino en los casos de una descarga muy intensa. En las ramas tocadas por la exhalación los retoños crecen más largos y más débiles que en las demás y los botones de las hojas acusan menos peso.

DR. K. SCHMIDT

(De la *Illustrierte Zeitung*)

***

LAS RIQUEZAS DEL MUNDO SUBTERRÁNEO

Adquieren cada día mayor importancia todas las cuestiones relativas al mundo subterráneo, adonde vamos á buscar el combustible mineral y los metales.

Para convencerse de ello no hay más que observar la producción creciente de las minas.

M. Couriot en una de las conferencias más interesantes que dió durante la última Exposición Universal de París y que más tarde hizo imprimir estima en más de nueve mil millones el valor de los productos que actualmente salen de la tierra en todo el mundo durante el período de un año.

El oro y la plata no ocupan el principal lugar en esta cifra total; estos metales preciosos representan solamente la séptima parte, poco más ó menos, de lo que el hombre arranca anualmente á la tierra, correspondiendo la parte mayor á la hulla, que figura en aquélla por unos tres mil quinientos millones, y viniendo luego el hierro, que entra en el total por unos mil quinientos millones.

El carbón produce á la humanidad un provecho anuo tres veces mayor que el que obtiene de todas las minas de plata y oro reunidas, y en esa producción colosal de carbón la parte del león corresponde á la Gran Bretaña, que saca anualmente de sus minas hulla por valor de más de mil millones de pesetas, de los que vende al mundo entero por más de doscientos cincuenta millones.

En presencia de estas cifras cabe preguntarse cuánto se modificarán en el porvenir las condiciones del poder financiero y comercial tan íntimamente ligadas con la existencia de las riquezas subterráneas. En unos puntos estas riquezas se extinguirán, en otros se multiplicarán y extenderán.

La superficie de las cuencas hulleras de Inglaterra está evaluada en 37.000 kilómetros cuadrados, los Estados Unidos tienen una superficie hullera de 490.700 kilómetros cuadrados; de suerte que esta nación posee por sí sola una riqueza virtual superior á la de todos los demás países reunidos.

En punto á extensión de territorio carbonífero, vienen después de Inglaterra: Alemania con 31.000 kilómetros cuadrados, Rusia con 28.300, Francia con 5.581 y Austria Hungría.

Estas cifras, como se comprenderá, son sólo aproximadas; debiendo, además, tenerse en cuenta que á la riqueza hullera de un país hay que agregar la de sus colonias, y en este concepto, quizás algún día encontrará Francia en la Indo-China un medio de resarcirse de los inmensos sacrificios que lleva hechos y sigue haciendo en aquellos territorios.

M. Couriot calcula que la producción de oro en todo el globo fué en 1888 de 549.500.000 pesetas. Según datos de procedencia inglesa la producción de oro en 1889 ha sido de 500 á 525.000.000 de pesetas.

La producción mayor corresponde siempre á las minas de California, de Colombia, de los Estados Unidos del Norte y de México; en la América del Sur la del Brasil, de Venezuela y de la República Argentina, siguiendo luego la del Canadá, Australia y las Indias que figuran en 1889 por la cantidad de 3.250.000 pesetas.

El Transvaal adquiere cada día mayor importancia. En 1886 la exportación de oro en el Africa austral era de 1.738.575 pesetas; en 1887 asciende á 3 338.350; en 1888 á 5.899.250 y en 1889 se calcula que ha sido de 18.750.000.

Actualmente la producción africana sufre un pequeño retroceso; pero es indudable que no tardará, no sólo en reponerse de él, sino en seguir aumentando progresivamente.

En todas partes se han hecho grandes esfuerzos para garantizar la seguridad de los que trabajan en la explotación de las minas, y la verdad es que estos esfuerzos no han resultado estériles.

Si establecemos, como ha hecho M. Couriot, una relación entre el total de los obreros que han perecido víctimas de algún accidente y de la producción anual, se ve que en Francia, hace veintiséis años, es decir, en 1864, resultaba un promedio de un obrero muerto por cada 60.444 toneladas de carbón extraídas, al paso que en 1888 la muerte de un obrero corresponde á 122.000 toneladas, ó sea á una extracción doble.

De modo que gracias á los adelantos de la ciencia

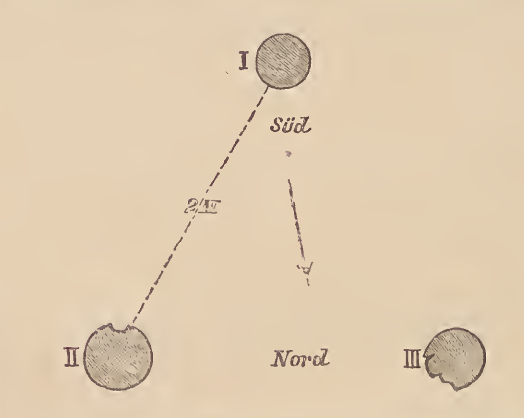


Fig. 8. Efectos del rayo en un grupo de álamos italianos

y al cuidado de que son objeto los obreros en las explotaciones mineras, se ha conseguido en pocos años economizar una vida humana por cada 122.000 toneladas extraídas de las minas de carbón.

(De *La Nature*)



Fig. 9. Roble



LA GLORIA

POR CLAUDIO COUTURIER

Yo conocí la gloria, entre cinco y seis, en una tarde de primavera, en un banco del boulevard exterior.

Cada cual la conoce donde puede.

Un señor de buen porte, de continente discreto y de respetable amplitud, estaba allí con un libro en la mano. Todo en su actitud, inclusa la cabeza inclinada, los hombros salientes, la espalda apoyada en el respaldo del banco, el negligente abandono de las piernas y la unción casi sacerdotal de las manos, revelaba en él uno de esos encarnizados lectores, glotones de letras que saborean las líneas como un buen vaso de vino y que juzgan un libro por sólo el olor al abrirle.

Este método olfativo (permítaseme el adjetivo) tiene sus riesgos, pues de la nariz á los labios hay espacio para cien equivocaciones.

Pero el otro método debe tener también sus inconvenientes, y entiendo por el otro el que consiste en beber sin oler: supuesto que hay tantos que beben hasta apurar la última gota y leen sin perdonar una letra, y no obstante no están por ello más adelantados.

Mas todo esto son sólo juegos de una retórica algo ambigua; y cada uno se debe á la materia de que trata.

El hombre, pues, leía.

Atento, sonriendo con ternura, con ademanes de gato que bebe leche, volvía las hojas con aspecto seguro y siempre igual, que demostraba el refinamiento de sus gustos estudiosos.

El ligero roce del papel, en sus manos devotas, tenía cierto encanto arrullador que me atrajo en seguida.

Parecíase al eco lejano de la eterna canción de mil y mil coplas que canta el alma humana entre las apiladas hojas de los libros.

Esta canción, en la que hay muchas coplas rudas, se impregnaba de una vaga dulzura de melopea salmodiada en el fondo de un templo. Una paz serena envolvía á aquel hombre y á aquel libro, y por repercusión me invadía á mí también.

En aquel banco, entre el vaivén incesante de una vía parisiense, en donde la lucha se manifiesta con tanta elocuencia; en medio de un hervidero terrible de sufrimientos, de odios y vicios; en pleno París, donde todo arde, había yo caído en la abstracción de las sabidurías contemplativas. En vez de las febriles curiosidades literarias y de los convencimientos salvajes, conocí el apacible dilettantismo de las erudiciones eclécticas.

Era aquello un Nirvana de letrado: me hacía bibliófilo.

Sí, bibliófilo como mi vecino, que lo era hasta las uñas: no me cabía duda.

Aquel alzar los ojos, aquellos fruncimientos de cejas, la torsión de los labios imperceptiblemente desdeñosos ó desdeñosamente benévolos, sus movimientos de cabeza dudosamente afirmativos, sus instintivos uñazos al margen de las páginas, que terminaban en caricias, sus ligeros suspiros rumiados; toda esta mímica ¿á quién era peculiar, pregunto? A un bibliófilo, ¡vive Dios! ¿Hay algún otro hombre que posea esa dignidad sonriente, esa calma maravillosa, ese aspecto de recogimiento? En manera alguna, y de ello estaba yo bien convencido: yo, que sin estar preparado, sentía el influjo de aquella dignidad, aquella calma y el recogimiento aquel, pareciéndome que los hacía míos con solo el semicontacto de una manga del bibliófilo.

No obstante, súbito asaltóme una duda.

El libro que leía mi vecino no era un elzevirio; no era elzevirio, luego no había tal bibliófilo: todo lo más un bibliomano, ó quizá un librero de viejo.

¡Oh! No me había fijado bien en mi compañero de banco, y la certeza de mi apreciación volvía á mi espíritu.

El libro que tenía aquel correcto individuo era de un volumen cómodo é impreso con caracteres de imprenta fáciles de descifrar sin necesidad de ninguna lente.

La tipografía, por lo que yo alcanzaba á observar desde mi asiento, estaba singularmente cuidada, era elegante, pero no pequeña.

Entonces, ¿qué pensar?

¡Bah! ¡Fuera cavilaciones! Algún capricho. A pesar de todo, hubiera jurado que aquel hombre poseía una biblioteca microscópica. Me figuraba yo aquella biblioteca vasta, llenando con sus estantes las piezas de una habitación templada, de solterón, que una criada del antiguo régimen gobernaba con su plumero soberano.

Una criada que, como buena persona que era, toleraba los que calificaba vicios del Señor: los costosos elzevirios; y que, dueña absoluta de la casa, se mecía en los quince mil francos de renta que poseía su amo, en los cuales tenía su parte en el testamento.

Además era primorosa en el arte de cocina.

El sufría las brusquedades de su sirviente, por la cuenta que á su estómago le tenía. Quizá Radegonda había sido guapa: en fin, un caos de cosas.

El bibliófilo tendría varios amigos, bibliófilos como él, que se obsequiarían entre sí con selectas comidas en privado y con prolongadas conferencias *bibliofilantes* á la hora del café. Parecíame estar viendo aquella existencia de abundancias y regocijos, de comodidades y regalos. Me figuraba el gabinete modesto, pero confortable, en donde el envidiable bibliófilo, en perfecto estado de tranquilidad de espíritu, componía y recomponía, desde hacía años, sus *ex-libris* nunca terminados.

Veía el comedor: yo estaba allí. Tenía un gabinete parecido, iguales estantes llenos de elzevirios idénticos y auténticos: componía también un *ex-libris*, y mis amigos, todos bibliófilos, por supuesto, se agrupaban en derredor de la mesa, sencilla, pero exquisita, de un tan buen bibliófilo como era yo.

El caballero seguía leyendo.

Movido por creciente simpatía, me aproximé al lector. Al movimiento que

hice levantó la cabeza, volvióse lentamente hacia mí, y con una sonrisa de incomparable urbanidad, me dirigió la palabra.

– Caballero, ¡este libro es admirable! Y me alargó el ejemplar.

Ahogué un grito: mi nombre estaba impreso en la cubierta. Aquel hombre leía mi novela, que había yo dado á luz aquel mismo día. Acaso aquel hombre era mi primer lector, y lector que admiraba mi obra; por lo tanto valía por millares de lectores. ¡He aquí la gloria! ¡Gran bibliófilo!

Mi admirador prosiguió diciendo en tono de convicción:

– Sencillo, claro, sólido, de perfecta y no rebuscada elegancia, este libro desde la primera á la última página no tiene punto ni coma que enmendar: es una obra maestra.

¡Sublime bibliófilo!

Mi corazón palpitaba y se encendía con todos los fuegos de la alabanza, y al propio tiempo nadaba en un manantial de felicidad.

Volví á sentir mi vocación de combatiente. Yo no era bibliófilo, pero sí autor, y autor encarnizado. Haría en lo sucesivo libros sencillos, claros, sólidos, elegantes, sin rebuscamientos, intachables desde la primera hasta la última página, en los que no hubiese ni un solo punto ni una sola coma que enmendar, y que los espíritus ilustrados que pasean su recogimiento literario por los bancos del boulevard exterior calificarían de obras maestras.

No, yo no sería bibliófilo, pero sí amigo apasionado de los bibliófilos de pico de oro.

Compón libros, hijo mío, pero no te metas á juzgarlos. Pues qué, ¿hubieras tú encontrado esta palabra: «obra maestra?» Sería preciso para ello un talento más analítico que el tuyo. Y aun cuando la hubieras encontrado, ¿te atreverías á pronunciarla, cobarde?

Sólo los bibliófilos lo poseen todo: inteligencia y valor. ¡Admira, enmudece, vil gusano!

¡Ah! Esa vida dulce, tranquila, aunque un tanto retraída, con que yo había soñado hace poco, ¿era realmente la vida de que disfrutaba aquel hombre? No, y mil veces no. La existencia de ese sujeto era una existencia luminosa, soberbia, en una contemplación de tal modo penetrante, que se remontaba hasta la creación, y ¿quién sabe?, tal vez hasta más arriba.

Sus juicios lo decían bien claro.

El hombre añadió:

– Tendría mucha satisfacción en conocer al autor de esta maravilla. ¡Oh! ¡Yo le conoceré!

Estas palabras exaltaron hasta el paroxismo mi naciente amistad.

– ¡Sí, exclamé, usted le conocerá inmediatamente! Usted le conoce ya. El autor de ese libro ofrece á usted su mano de todo crazón; ese autor soy yo.

Desconcertado en el primer momento por mi desbordamiento de sociabilidad, mi interlocutor me examinó despacio. Luego, estrechando de todo corazón la mano que yo le tendía, profirió esta frase:

– ¡Es usted un sabio obrero!

¡Sabio obrero! Un calificativo sano y robusto de que se enorgullecen los maestros de nuestra lengua!

¡Qué hombre aquel!

Hablamos. Por modestia, comencé la conversación por materias ajenas á la literatura. Nada encontré chocante en las apreciaciones de mi nuevo amigo, y sí una sencillez algo vulgar, que por lo mismo era más atractiva en un ser de tan brillante distinción cerebral.

Nos separamos á la hora de comer, mas por poco tiempo. Pedíle permiso para visitarle, y me lo otorgó con gran solicitud.

Entré en mi casa con la cabeza á pájaros, y dejéme caer en una silla junto á mi mesa de trabajo, presa de una fiebre galopante de producción literaria.

«Si tuviese cinco hijos tendrían cinco caballos,» ha dicho un poeta, árabe indudablemente.

Yo lo hubiera dado todo por poseer cinco manos, á fin de escribir cinco libros para que los hubiese juzgado mi compañero de banco, aquel hombre único, y para que los juzgara tan bien.

El jueves siguiente llamé á la puerta de mi precioso amigo. Le encontré entre sus libros, sonriente y afable.

Me enseñó su biblioteca.

Aunque no soy muy perito en materia de elzevirios, seguramente debía de haberlos allí, y de los más minúsculos. Pero tenía también libros de todas formas, de todas las épocas, en todas las lenguas, y algunos de ellos databan de Gutenberg, y perdonen mis lectores la cortedad.

Había allí sanscrito, hebreo, griego, latín: todas las lenguas muertas y todas las lenguas vivas, sin exceptuar el argot y el volapuk: aquello era una torre de Babel, de la que el cerebro de aquel hombre tenía la llave.

¡Qué pozo de ciencia era el hombre aquel!

La numismática, la astronomía, la química, la alquimia, la astrología, la quiromancia, la terapéutica, la balística, la arquitectura, la mecánica, la botánica, la física, el álgebra, la trigonometría, la geometría, la aritmética, la cosmografía, la estadística, la música, la cábala, la cocina... Y dejo muchas materias, y de las mejores, por citar.

¡Y poetas y novelistas! Todas las literaturas, todas las filosofías, todas las mentiras y todas las verdades: hasta programas y carteles de teatro: un mundo.

Yo estaba extático de admiración.

– No se me ha escapado ni un átomo de nada, me dijo el sabio, como si dijera la cosa más natural del mundo.

Me separé de él turbado.

Desde aquel día entablamos las más cordiales relaciones.

Desgraciadamente, vime obligado para ganarme la vida á trasladarme á una provincia, á fin de dirigir un periódico, y pasé largo tiempo sin poder volver á cultivar la amistad de mi sabio.

No medió correspondencia entre nosotros durante esa separación.

Mi amigo aborrecía las patas de mosca de las cartas, aun de las puramente amistosas.

Sin embargo, le remití mi segunda novela y luego la tercera; y él se dignó, con este motivo, abandonar su costumbre y sobreponerse á su natural escriptófobo, escribiéndome cuatro letras.

Mi segundo libro no le satisfizo: según él, era obscuro, pesado en ciertos momentos, desprovisto de elegancia y mal puntuado.

Este juicio, aunque duro, era justo; sin embargo, lo de mal puntuado parecióme algo pueril: pues qué, ¿pretendía la perfección absoluta?

Desmenuzando mi obra, daba yo completa razón á mi juez, y sin vanas tristezas me esforcé para evitar tales defectos en el cuarto de mis hijos.

Pues bien; según mi censor, todavía no era lo bastante: tenía cosas buenas, pero no podía compararse de ningún modo con el primero.

Habiendo terminado una quinta obra, y deseando más que nunca la aprobación del bibliófilo, por causa de su misma severidad, resolví hacerle conocer mi manuscrito, y aprovechando un viaje á París, adonde fuí enviado por mi periódico para hacer la descripción de unas fiestas, corrí á casa de mi censor.

¡Qué escena!

Cuando después de pasar las penas del mundo conseguí al cabo hacerle comprender el servicio que esperaba de él, me encontré con un hombre transfigurado. Sus mejillas temblaban, y una sorda cólera agitaba sus manos temblorosas.

– ¡Ah! ¡Autor! ¿Usted es autor? Entonces ¿qué hace usted aquí? ¿Con qué título se ha entrometido usted en mi intimidad? ¡Desgraciado! ¿No sabe usted que yo me burlo de todo cuanto meten ustedes en sus libros, como si fueran papeles de estraza?

Y después, con un tono terriblemente solemne, exclamó:

– Yo soy aficionado á la tipografía, sí, caballero, y no consiento que se me mixtifique.

Luego, tomando á granel folios en octavo mayor de los estantes de su biblioteca, repuso amenazándome:

– Yo no sé nada de lo que hay aquí dentro, absolutamente nada, ¿entiende usted?, ni quiero saberlo. Lo que me interesa son los *caracteres*, la *compaginación*, las *interlíneas*, los *márgenes*, el *ajuste*, la limpieza de *epígrafes*, y sólo en este concepto, el único interesante, he tenido á bien ocuparme de sus libros de usted; los cuales, desde que ha variado usted de impresor, no valen un comino. He dicho.

Y poniéndome debajo de la nariz una Biblia enorme, hizo una mueca de soberano desprecio, murmurando:

– ¿Supone usted que sé el hebreo?

Y desde la meseta de la escalera hasta donde me persiguió, aun le oí gritar:

– ¡Y yo que le había tomado por un impresor!

traducción de Florencio Moreno Godino



NUESTROS GRABADOS

Toledo.—Academia de Infantería, antes Hospital de Santa Cruz ó de los Niños.—Entre las muchas maravillas que encierra la imperial ciudad, cuéntase el Hospital de Santa Cruz, fundado en 1494 para albergar á los niños abandonados, ensanchado y embellecido más tarde por Isabel la Católica y convertido finalmente en Academia de Infantería. La fachada de este edificio que nuestra fototipia reproduce es sin disputa uno de los mejores ejemplares del Renacimiento, no sólo de España, sino también del extranjero, y su portada por su riqueza, por sus delicadas labores y finos cincelados puede compararse sin desventaja con la de la famosísima Cartuja de Pavía. En los intercolumnios y en las archivoltas destacan primorosas estatuas sobremontadas de afiligranados doseles, completando la ornamentación unos preciosos relieves que representan la *Visitación*, el cardenal Mendoza fundador del edificio, etc.

Aficiones artísticas, cuadro de César Tiratelli. —De muchas y acerbas diatribas han sido objeto las aficionadas á las bellas artes; y como estas aficiones no provengan de un verdadero genio ó cuando menos de un talento, por satisfecha puede darse la interesada si la despiadada crítica al juzgar sus obras se ha limitado á esas frases banales que las más de las veces nada dicen. No participamos de esta prevención, en nuestro sentir altamente errónea, contra aquellas mujeres que necesitan para su satisfacción algo más que los placeres ruidosos del mundo ó los tranquilos goces del hogar, y sin ser amantes de las teorías radicales, que ansían *rebajar* (permítasenos esta palabra) á la mujer al nivel del hombre, creemos merecedoras de estímulo á las que sin abandonar la misión que en este mundo les ha sido confiada buscan en los esparcimientos del espíritu distracción agradable, que á veces, bien cultivada, puede llegar á ser hasta provechosa.

La protagonista del cuadro de Tiratelli, por ejemplo, á muchos parecerá ridícula; á nosotros, por el contrario, se nos hace altamente simpática, pues en su actitud y en su expresión

revela que siente el arte, y si no sabe expresarlo con la maestría de un pintor consumado, nada perderán con ello la familia á su cuidado puesta ni la sociedad en cuyo seno vive, pues la que sabe sentir lo bello ama y practica con más facilidad lo bueno.

Lección de catecismo, cuadro de D. José M. Marqués. – La característica de Marqués la constituyen el sentimiento delicado en que inspira sus composiciones y la sencillez y expresión con que las ejecuta. Así lo hemos dicho diferentes veces y en distintas formas al ocuparnos de las obras que de él llevamos publicadas, y una vez más hemos de repetirlo en presencia de su bellísimo cuadro *Lección de catecismo.* Pocas figuras y contados accesorios hay en este lienzo, y sin embargo, nada falta para impresionar gratamente al que lo contempla: es más, estimamos tan justos los elementos que lo constituyen, que el aumento de una figura quitaría, en nuestro concepto, grandiosidad á la idea y la adición de cualquier otro accesorio distraería la atención que merecidamente atraen los tres personajes de la escena. Cada uno de éstos es una hermosa concepción: el fraile de aspecto bondadoso que pregunta al pequeñuelo: «¿Cuántos dioses hay?;» el niño que contesta levantando un dedo hacia el cielo y demostrando en la viveza de su inteligente mirada que comprende bien toda la fuerza de su contestación, base fundamental de nuestras creencias, y la madre gozándose en la precocidad de su hijo, son tres figuras acabadas, perfectamente entendidas y pintadas con cariño y acierto extraordinarios.

El Excmo. Ayuntamiento de Barcelona ha comprado este cuadro, pagando por él 5.000 pesetas, y aunque el precio nos parece modesto, en cambio á Marqués cábele la honra de haber sido la suya la primera obra por aquella Corporación adquirida con destino al Museo de Bellas Artes, recientemente creado en esta ciudad. Por ello felicitamos cordialmente á nuestro querido y distinguido colaborador.

Violinista, escultura de D. José Reynés. – Entre la pléyade de ilustres escultores que de Cataluña han salido, ocupa uno de los primeros puestos el Sr. Reynés: sus obras son universalmente conocidas y admiradas y la reputación de que en el mundo artístico goza su firma hace ociosos todos los elogios. En sus esculturas, ora se nota la sobriedad, el vigor, la corrección y pureza de líneas de los antiguos clásicos, ora se encanta el que las contempla ante la viveza, la intención, la elegancia, la finura que las modernas escuelas vienen imprimiendo á las creaciones escultóricas. Siempre justo, cuando de asuntos sencillos se trata, sabe contener su inspiración dentro de los límites por la razón trazados, y cuando el motivo se presta á vuelos de la fantasía, no le faltan nunca inspiración para encontrar los más ricos detalles, ni talento para cincelarlos en las más primorosas formas.

En su *Violinista* se echan de ver desde luego las excepcionales dotes del Sr. Reynés, traducidas en la exactitud de las proporciones, en la naturalidad de la figura toda y en la expresión que se refleja en el semblante de la pequeña artista.

Esta escultura fué premiada con medalla de primera clase en la última Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, y fuerza es confesar que el fallo del Jurado interpretó rectamente la opinión unánime de cuantos admiraron la hermosa obra de nuestro ilustre paisano.

Niños cantores, bajo relieve de Lucca della Robbia. – Fué éste uno de los más famosos escultores de la escuela florentina y vivió á últimos del siglo XIV y principios del XV. Contemporáneo de Donatello, rivalizó con él en el palenque del arte y con él compartió los aplausos de aquella corte que tan aficionada se mostró á las artes bellas; suponiéndose que en competencia con él cinceló los bajos relieves que adornaron en otro tiempo el órgano de la catedral de Florencia y uno de los cuales es el que reproducimos, cuyas bellezas no es preciso enumerar porque á primera vista se descubren.

Lucca della Robbia empleó generalmente para sus obras el barro cocido esmaltado, al que por un procedimiento de su invención logró dar la dureza del mármol.

IMPRESIÓN FOTOTÍPICA



NIÑOS CANTORES, bajo relieve de Lucca della Robbia

ADVERTENCIAS

Siendo en gran número los trabajos literarios que recibimos para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y en la imposibilidad de contestar á todos los que con ellos nos favorecen, debemos advertir que sólo contestaremos á los autores de los artículos que aceptemos para insertarlos en este periódico.

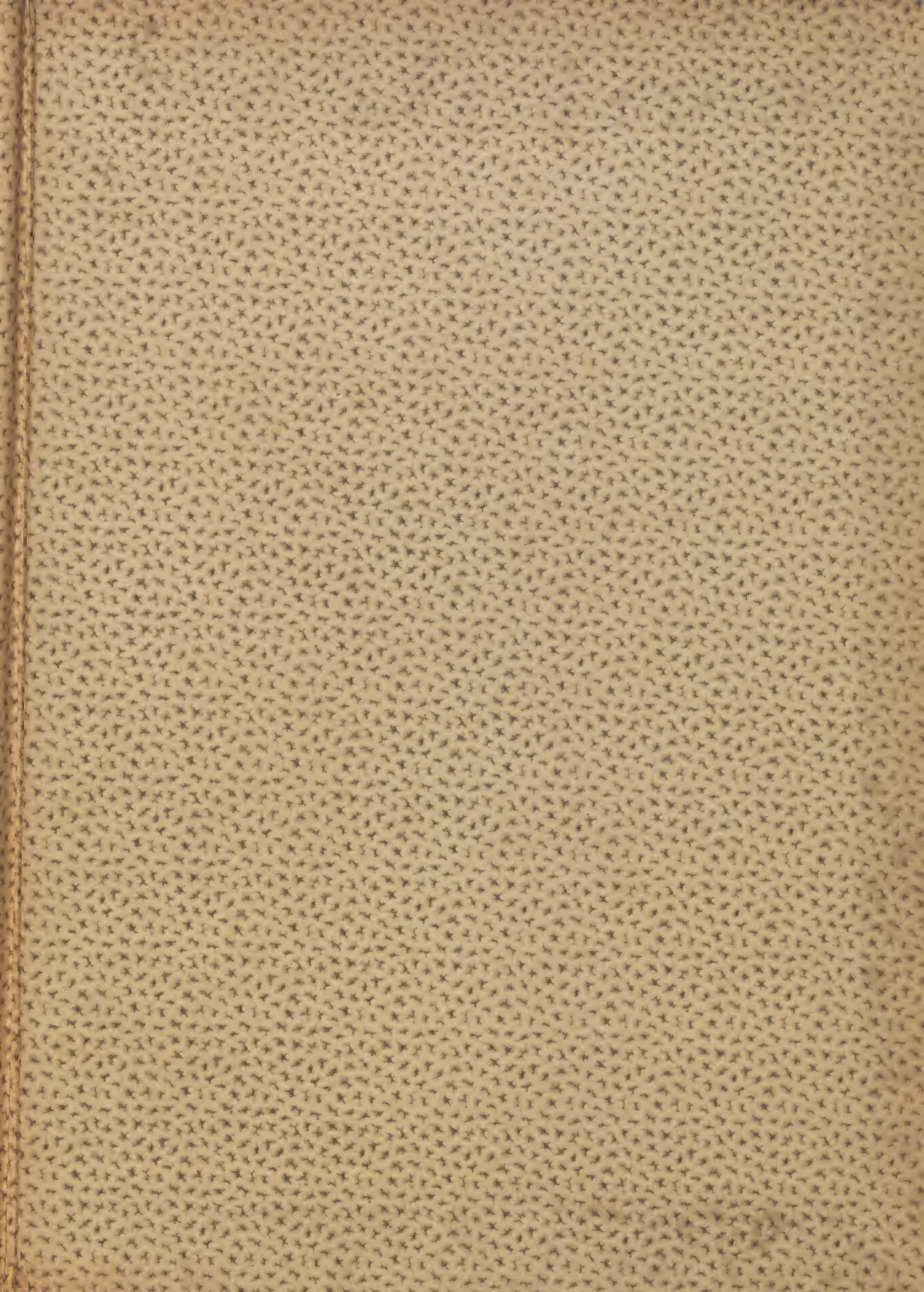
No se devuelven los originales.

Suplicamos á nuestros corresponsales y suscriptores, especialmente á los de América, nos remitan cuantas fotografías de monumentos, obras artísticas, etc., consideren propias para ser publicadas en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, acompañándolas de los datos explicativos necesarios. En caso de que sean admitidas, tendremos el gusto de consignar, al confirmarlas en las columnas de nuestra publicación, el nombre de la persona que nos haya honrado con el envío de las mismas.

Asimismo agradeceremos la remisión de todas las noticias que tengan verdadero interés artístico ó literario.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN






LA
ILUSTRACION
ARTISTICA
AÑO 1890
148